

*Bernard  
Gesinas*

El  
mango  
de su  
vida

*Editorial GESINAS  
Traducción Alina Esperanza*

# Índice

Gorom-Gorom.....	2
Mahamadou .....	8
La infusión misteriosa de hierbas .....	19
¿De dónde eres? .....	31
El ordenador portátil.....	40
Comunicación.....	48
La Esclava .....	61
Mangos .....	71
Huída.....	83
Injerto de hendidura .....	91
Injerto de yema.....	104
Caja estéril.....	109
La furia de Tamboura.....	117
La rama del mango.....	125
Estudios.....	134
Científicos .....	142
Cultivos de tejidos.....	147
Fasnet.....	151
Uno de los nuestros .....	160
Clones del mango.....	166
La despedida .....	177
El mango de su vida .....	186

## Gorom-Gorom

– Venid por favor, y os enseñaré la ciudad de Gorom-Gorom – el muchacho exclamó dirigiéndose a una pareja de turistas que negociaba el precio de una prenda con un comerciante.

– Por favor, venid – exclamó con voz suave pero la pareja no le hizo el menor caso como el chico no era el único en el mercado que ofrecía mercancías o servicios a viva voz.

Como todos los jueves era día de mercado en Gorom-Gorom. Los negociantes acudían en masa de los alrededores para vender tejidos de vistosos colores y otros artículos, como esteras de paja trenzados artísticamente.

El muchacho no se rindió. Trataba de llamar más la atención, gritando más fuerte. – Venid, y os enseñaré lugares que nunca encontraríais jamás por vosotros mismos. –

– ¿Qué puedes enseñarnos que no lo hagan los demás? – preguntó la mujer de edad mediana con una sonrisa amable.

La pregunta dejó descolocado al muchacho, y le costó pensar que podría responderle. Con el pie dibujó una figura en la arena que tenía la forma de un dinosaurio.

– ¿Quieres enseñarme una curiosidad arqueológica? – siguió preguntando la mujer mientras que observaba el muchacho.

Al muchacho aquella pregunta le daba más inseguridad aún. La miraba con sus ojos oscuros claros, pero cuando abrió la boca para decir algo, no le salió ninguna frase que tuviera sentido.

La mujer, que vestía un largo vestido blanco que le llegaba hasta el suelo, entonces se alejó del muchacho y se volvió de nuevo hacia el puesto de mercado para contemplar un vestido azul como los que llevaban los turareg.

– ¿Lo compramos? – preguntó ella a su acompañante. Lo dijo de una manera tan tierna y delicada, que era evidente que se conocían muy bien.

El hombre se quitó el sudor de la frente, murmuró algo incomprensible y se volvió hacia ella con una expresión molesta. Su camisa blanca resplandecía en el sol y contrastaba con su pantalón

de color rojo vivo. Evidentemente, no se había afeitado durante varios días, y en su barba se habían quedado granos de arena del desierto.

– Pues, cómpralo, parece que te gusta mucho – dijo en voz baja y deambulaba sin ganas por los puestos vecinos, alejándose de su mujer. Ella le siguió con la mirada. Por unos momentos parecía insegura, contemplaba el vestido azul con mirada crítica antes de devolvérselo a la comerciante encogiendo los hombros y siguiendo los pasos de su marido con cara tensa. El muchacho todavía les estaba siguiendo a distancia corta. Se tocaba, nervioso, el cabello corto como si todavía buscara la respuesta a la pregunta de la mujer.

– Os enseñaré los lugares más hermosos de Gorom-Gorom – repetía el muchacho con más seguridad. – Vaís a descubrir cosas que nunca encontraríais sin mi ayuda. –

La mujer se detuvo, miraba al muchacho de arriba abajo. Éste vestía un pantalón verde corto y llevaba una camisa abierta de color marrón claro, a decir verdad no parecía ser un guía turístico.

– ¡Qué cara! ¿cómo te llamas? – le preguntó con curiosidad.

– Amadou – le respondió el muchacho, levantó su cabeza con orgullo y seguía insistiendo.  
– Conozco Gorom-Gorom muy bien. –

– Amadou, querido – respondió la mujer. – Te creo y aprecio mucho que quieras mostrarnos tu ciudad. Sin embargo, ya hemos visto el mercado y estamos cansados. – Miró a su marido, que se daba la vuelta y se dirigió agobiado y con pasos rápidos hacia el muchacho como si quisiera apartarlo de su compañera.

– Mira, Richard – se apresuró a decir a su marido cuando se percató que se dirigía al chico de una manera un tanto agresiva. – Es Amadou. Quiere enseñarnos la ciudad. Quizá él conozca un lugar hermoso donde podemos tomar una copa a la sombra o a lo mejor una tienda donde ir de compras. –

Richard se paró, examinaba a Amadou de arriba abajo, soltó una carcajada y sacó algo de dinero de su bolsillo para dárselo a Amadou.

– Por supuesto, aquí, toma. Coge el dinero y lárgate de una vez – Hizo un gesto con la mano, dando a entender a Amadou que se alejase de ellos.

– Laurette, querida, prefiero volver al hotel – dijo a su mujer, cogiéndole de la mano y acercándola un poco más a él. – No me encuentro bien. Algo me pasa con el estómago. –

– ¡Qué lástima! – respondió Laurette, – tengo mucha curiosidad acerca de lo que estoy muy curiosa de qué Amadou nos pueda mostrar. –

De repente, su cara se serenó y ella estaba intrigada por el ofrecimiento del muchacho, mientras que Richard, que obviamente tenía más de 60 años, le indicó con un gesto de rechazo que todavía no tenía interés por un tour guiado.

– ¿Por que no le dejamos que nos muestre el casco viejo de la ciudad de camino hacia el hotel? – dijo ella acercándose al muchacho que se quedaba quieto con el dinero en la mano.

– Dínos ¿que puedes enseñarnos? – le preguntó mirándole fijamente a los ojos. Amadou se quedó sorprendido, sorprendido de que ellos de repente le aceptaran como guía turístico, y eso que él se había ofrecido como guía. Además, no sabía que hacer con el dinero que Richard le había dado. Durante unos segundos, ruborizado, miró tímidamente al suelo, de repente dió un salto hacia Richard y le extendió la mano con el dinero.

– No quiero su dinero – exclamó, esta vez con voz fuerte, y miró fijamente y con orgullo a Richard – ¡no quiero limosnas! –

Richard se sobresaltó por la acción del muchacho. Durante las últimas semanas del viaje por África Laurette y él habían recorrido varios países y muchas veces habían comprobado cómo los niños les pedían dinero. Normalmente, aquellos se habían mostrado muy agradecidos. No había experimentado nunca que un niño le quisiera devolver el dinero. Evidentemente la situación les dejó algo atónitos.

Estaba a punto de decirle al muchacho que podría quedarse con el dinero, pero éste cogió su mano derecha y le devolvió todos los billetes, apretándole fuertemente su mano, Richard bruscamente retiró su mano, sin llegar a entender el porqué de la acción del muchacho.

– ¿Ay, qué haces? – se le escapó. Pero Amadou no respondía, se dió la vuelta y desapareció en la muchedumbre del mercado.



## Mahamadou

– **E**sta región tiene algo mágico – dijo Laurette cuando entraban en el hotel. – Por un lado la sequedad, las tormentas de arena, la escasez de agua y un escaso paisaje y por otro la diversidad de gente en el mercado, los diversos pueblos y lenguas, las diferentes culturas. Me alegro de poder hacer este viaje contigo. –

Así le miraba a Richard con cariño, quien era por lo menos dos cabezas más altos que ella.

– Te has cansado demasiado, ¿estás bien? – preguntó preocupada.

– Estoy bien – respondió él con una dulce mirada. – Pienso en el muchacho. ¿Cómo dijiste que se llamaba? –

– Amadou – dijo Laurette con una mirada llena de reproches, como si quisiera criticarle por no poder recordar un nombre tan simple.

– Ah, sí, Amadou – asintió Richard que había interpretado bien la mirada de su mujer. – Que muchacho más raro. –

– Más bien un muchacho interesante y sobre todo muy espabilado – respondió Laurette.

– Sí, señora maestra, un muchacho misterioso y espabilado. –

Laurette le dio un puñetazo a su marido. Que él le llamara *Señora Maestra* no le agradaba nada. Pero a Richard le gustaba llamarla así, especialmente cuando ella hablaba con él como si tratara de una de sus clases. Sin decir palabra entraron en la habitación del hotel y abrieron una ventana para dejar entrar el aire fresco. De la calle y del mercado se oía el murmullo de voces.

– Me gustaría mucho que nos quedáramos más tiempo – Laurette dijo con voz baja. – Lástima que sea un viaje tan corto, así podríamos conocer mejor este país y a su gente. –

Richard asintió con la cabeza, se tumbó en la cama y se relajó.

Por la tarde Laurette y Richard salieron del hotel después de descansar y cambiarse de ropa. Querían aprovechar la puesta del sol para ver mucho mejor el casco viejo de la ciudad. A ellos les gustaba conocer lugares desconocidos, aparte de las típicas rutas turísticas conocidas.

En la recepción del hotel Richard había preguntado por una tienda donde se pudieran comprar dulces. Laurette se asombró de la gran cantidad y clase de dulces que Richard compró.

– ¿No me digas que te vas a comer todo esto? Recuerda tu estómago no está nada bien y que tu barriga está creciendo cada día más. – bromeó apuntando a su barriga.

– Los caramelos sólo son para los niños – Richard respondió con una sonrisa. – Pero me gustaría probar algunos también. –

Cerca del mercado los dos se encontraron con un grupo de niños jugando y se dirigieron a ellos para ofrecerles los dulces. Como era de esperar los niños estaban entusiasmados y Richard repartió las golosinas con alegría. – Barka barka – que significa – gracias, gracias – oían gritar a los niños cuando se alejaban de ellos. Antes de salir del lugar Laurette otra vez se dió la vuelta para mirar atrás. Algunos niños se peleaban por los dulces, cambiaban sus dulces entre ellos mientras discutían en voz alta. Al fin y al cabo habían hecho felices a muchos de ellos, aunque eran conscientes de que sólo era para un espacio reducido de tiempo. Un niño se había quedado alejado de los

demás y no había obtenido ningún dulce. Laurette lo reconoció en seguida, era Amadou.

– Mira, Richard, allí está Amadou. – Se pararon y miraron al muchacho, que también les estaba observando.

– Amadou, ven aquí, por favor – llamó Richard. – Nos gustaría que nos enseñaras tu Gorom-Gorom. –

Con una sonrisa en los labios Amadou acudió corriendo hacia Laurette y Richard. – Vamos a entrar en el callejón allá – fue su primera recomendación como guía turístico. Les llevó a una tienda dónde se ofrecían Sekos, felpudos de paja. Laurette se quedó parada en un puesto para contemplar con entusiasmo varios modelos de alfarería de ricos colores. Al instante estaba rodeada de unas vendedoras que le ofrecían cántaros maravillosos hablando en una lengua que no entendía.

– Amadou, díles por favor que los cántaros son muy bonitos, que son verdaderas obras de arte, pero que no podemos llevarlos a Francia ya que no nos queda sitio en la maleta. – Amadou dijo algunas palabras a las mujeres que se alegraban mucho.

– Son Bellas, son verdaderas maestras de la alfarería – Amadou explicó mientras sonreía de oreja a oreja cuando Richard le dió una palmadita de reconocimiento en la espalda.

Gorom-Gorom estaba considerado como puerta de entrada a la zona Sahel y contaba con un casco antiguo magnífico del cual Amadou les mostraba los lugares que él consideraba importantes. Laurette aprovechaba la ocasión para sacar fotos de unos edificios hermosos.

– ¿Nos puedes enseñar más? ¿Podríamos ver dónde vives tú por ejemplo? – Le preguntó Laurette.

Con una mirada desconcertada Amadou respondió – Allá dónde yo vivo no hay nada que ver. –

– Pero nos gustaría tanto, Amadou, tenemos mucho interés por conocer dónde y cómo vives. Hemos visto suficiente del casco antiguo. Enséñanos como se vive aquí – le propuso Laurette mientras le miraba con cariño.

Al principio Amadou dudó unos instantes, pero después de pensárselo mejor les llevó a

Laurette y Richard por un callejón donde las mujeres ofrecían mijo, sorgo, judías y maíz.

– Mi familia es muy pequeña – Amadou contó cuando se iban acercando a una casa pequeña de barro. – En casa sólo se encuentran mi padre y mi abuelo. Seguro que mi abuela todavía está en el mercado. –

– ¿Y dónde está tu madre? – Laurette sentía curiosidad.

– Mi madre se murió poco después de nacer yo – Amadou explicó mirando tristemente a Laurette.

Cuando abrían la puerta de metal que dejaba un paso por el muro que rodeaba el terreno lo primero que vió Laurette era un hombre mayor que estaba sentado debajo de un árbol y silenciosamente tocaba un tambor.

– Es mi abuelo, Mahamadou Quedraogo – Amadou les presentó al anciano.

El anciano saludaba cortésmente con la cabeza para luego cerrar sus ojos y dedicarse de nuevo a su música. Evidentemente no le interesaba que Amadou tuviera huéspedes. Ante esta situación Laurette se sintió algo desconcertada, porque en

estos casos y hasta el momento siempre había experimentado un ritual prolongado de bienvenida.

¿Era el comportamiento de Mahamadou un signo del rechazo? Antes de que ella pudiera pensar más, un hombre alto de edad media salió de la casa, miró extrañado a Laurette y Richard y les extendió amablemente la mano para saludarlos.

– Son Laurette y Richard de Francia, soy su guía en Gorom-Gorom – dijo Amadou con entusiasmo. – Es mi padre, Nicodeme Ouedraogo.

–

– Llámenme Nicodeme por favor – le dijo a Laurette cuando ella se dirigía a él llamándole Señor Quedraogo.

– Con mucho gusto, Nicodeme – dijo Laurette. – Como guía turístico Amadou ya nos ha mostrado algunos lugares de interés. Le hemos pedido que nos trajera ambién a su casa, ojalá no sea ninguna molestia para ustedes. –

– No, no nos molestan. Por favor siéntense, voy a buscar unos refrescos. –

– No se moleste, estamos a punto de marcharnos – indicó Laurette apresuradamente a Nicodeme que se dirigió hacia la puerta de la casa.

Pocos momentos después éste volvía con un zumo y una jarra de agua.

– Sólo les puedo ofrecer zumo y agua. En Francia seguramente beberían champán. Pero aquí no tenemos champán. –

– En Francia solamente bebemos champán en ocasiones especiales – objetó Richard.

– Sin embargo es una lástima – Nicodeme dijo. – Les habría servido el champán con mucho gusto, esta es una ocasión especial. –

– ¿Una ocasión especial? – Laurette preguntó con curiosidad.

– Ustedes son los primeros turistas que Amadou lleva por esta ciudad como guía turístico. Desde hace semanas está tratando de encontrar a gente en el mercado que le contratase, hasta ahora sin éxito. –

– ¿De verdad, Amadou, nosotros somos los primeros turistas que llevas por Gorom-Gorom? – Laurette preguntó.

Otra vez Amadou miró avergonzado hacia el suelo pintado unas figuras en la arena. Antes de poder responder, Laurette le acarició la cabeza y le



dijo – Estamos muy contentos de ser tus primeros turistas. Lo haces muy bien. –

Mantuvieron una agradable conversación. Nicodeme les contó que un nuevo colegio que se construía muy cerca del lugar donde él trabajaba de maestro.

– Nos han puesto una nueva red de Internet – contó con orgullo. – El nuevo jefe del hotel antiguo, y está muy cerca del terreno escolar, nos ha permitido que utilicemos la red del hotel y yo estoy a cargo de instalar el sistema wifi. –

Esto era un tema que Richard dominaba muy bien. – Por wifi no solo podréis comunicar dentro del colegio sino también podréis ponerlos en contacto con gente de fuera. En Francia también utilizamos wifi, yo podría ayudarte – se ofreció Richard. – En mi empresa soy el encargado del sistema informático. Por qué no nos intercambiamos nuestras direcciones de mail, me gustaría mucho ayudaros a ampliar la red de tal manera que muchos niños tengan la oportunidad de hacer uso de Internet. –

Mientras que Richard seguía charlando entretenidamente con Nicodeme sobre las ventajas de las redes informáticas, Laurette se dirigió hacia

Mahamadou que estaba sentado feliz debajo de su árbol, abría de vez en cuando sus ojos y escuchaba las conversaciones.

– ¿Que tipo de árbol es este? – preguntó Laurette.

– Es un mango, a Usted, posiblemente le parezca un árbol de mango pequeño y mustio. El año pasado incluso lo partió un relámpago. Para mí sin embargo es el árbol de mango más hermoso del mundo – explicó Mahamadou mirando pensativo su árbol.

Laurette examinó el árbol aunque ella nunca hubiera pensado que fuera un árbol de mango.

– Disfrutamos mucho estando con vosotros – dijo Laurette añadiendo después – Pero se ha hecho tarde. Tenemos que volver al hotel. Me gustaría mucho volver mañana por la tarde para darle a Amadou un regalo por sus servicios, ya que no quiere aceptar dinero. –

Con mucho gusto Amadou les habría acompañado al hotel, pero todavía tenía que hacer sus deberes. Así Nicodeme se ofrecía para acompañarles y los dos aceptaron con mucho gusto. En el camino Laurette aprovechó la ocasión

para discutir con Nicodeme sobre el sistema escolar. Richard por su parte tenía ideas de qué tipo de programas escolares se podrían instalar en los ordenadores si en un futuro se facilitasen más computadoras para el colegio.

## La infusión misteriosa de hierbas

Gran parte de la noche Richard la había pasado en el servicio, no se quedó dormido hasta la mañana siguiente. Laurette en cambio se había levantado temprano y desde el hotel se había encaminado a examinar las tiendas de los alrededores. Había comprado un guía turística sobre Burkina Faso, en el que se hallaba una descripción detallada de Gorom-Gorom. Quería regalar este libro a Amadou para ayudarle con su nuevo trabajo de guía turístico.

Por la tarde, cuando ella volvía al hotel tuvo que convencer a Richard que le acompañase a ver a la familia Ouedraogo. Aunque Richard estaba un poco débil y le habría gustado más descansar en el hotel aun así fueron al lugar donde vivía Amadou.

Cuando ellos alcanzaron la casa de los Ouedraogos la abuela de Amadou les dió la bienvenida. El día anterior ésta había estado en el mercado para vender fruta y otras mercancías.

– Me llamo Fatoumata – aclaró – ya me han hablado de vosotros. –

Fatoumata era una mujer muy alta y de aspecto interesante, una imagen que a sus huéspedes les llamó profundamente. Lo que ella también daba a entender a los huéspedes.

– Soy del pueblo de los Wodaabe – contó con orgullo y cuando se dió cuenta de que Richard y Laurette no lo conocían, añadió – Quizá se conozca mejor bajo el nombre de fulanis bororo. –

Llevaba la ropa tradicional de los fulanis, un vestido de colores, pero ni Laurette ni Richard las conocían.

– Los fulanis se conocen también con los nombres de Fula, Fulani, Massina, Peul ó Peulh. – contó. En este momento Laurette se acordó, había leído sobre Peulh en el guía turístico.

– ¿No se les conoce a las Peulh por la ganadería? – preguntó Laurette.

– Sí, mis padres tenían muchos animales, muchísimos – respondió Fatoumata muy animada.

Desde la parte de atrás del jardín Amadou venía corriendo hacia la casa saludando cordialmente a los huéspedes.

– Te hemos traído un regalo – le indicó Laurette y sacó el libro de su bolsa de bandolera. – Muchos turistas leen libros como éste antes de visitar Gorom-Gorom. Por supuesto tienen ciertas expectativas y quieren ver los lugares de interés de los que han leído. Espero que este libro te ayude un poco. –

Amadou les dió las gracias varias veces y abrió el libro apresuradamente para leer de Gorom-Gorom. Inmediatamente se dió cuenta de que faltaba información sobre muchos lugares de interés. Además faltaban descripciones de importantes barrios de la ciudad, los textos sobre la vegetación y los alrededores eran bastante pobres.

A Fatoumata no le gustaron las palabras de su nieto. – Se parece un poco a su abuelo –afirmó con una mirada severa a Amadou y luego a su marido que se acercaba a ellos llevando hierbas en las manos que había cogido de su jardín. – Los dos siempre quieren ser diferentes de los demás. Ambos se entretienen con cosas que no llaman la atención a nadie y con cosas con las que no se puede ganar dinero. –

Se volvió a Laurette. – Si no cambia su actitud Amadou siempre tendrá problemas, sobre

todo cuando tenga que elegir una profesión ó un trabajo. A decir verdad no le veo como guía turístico, es muy suyo. Dudo mucho que pueda ponerse en el lugar de los turistas que vienen aquí de todo el mundo. Él tiene su propia forma de ser. Quizá este libro le ayude ser un guía, pero no lo creo. —

— O a lo mejor descubre que no es su vocación. — Richard añadió, y se sentó en el banco debajo del árbol de mango.

— Pues entonces este libro habrá contribuido a averiguar que realmente quiere. A lo mejor sus necesidades no coinciden con las necesidades de los turistas que se encuentran aquí en esta ciudad por sólo unas horas. —

Mientras que Amadou argumentaba que sí se podría imaginar llevar a turistas por Gorom-Gorom, Richard quiso saber lo que Amadou quería hacer en su vida. En un principio, Amadou no quería responder a la pregunta y de nuevo empezó a dibujar figuras en la arena, como lo hacía siempre cuando no sabía qué decir.

— Seguramente le gustaría mucho trabajar con hierbas y plantas — Mahamadou aseguró y se

sentó junto con Richard en el banco, – tiene facilidad para ello. –

– Pero esto no da dinero – respondió Fatoumata con una mirada llena de reproches a su marido. – Sólo tenemos un trozo pequeño de campo y no ganamos mucho dinero. Amadou debería buscarse un trabajo que nos aporte más dinero. Estoy convencido de que pueda ganar más dinero dedicándose al turismo. Tengo experiencias en el mercado. Debería aprender lenguas para poder entender lo que le puedan pedir los turistas. Quizá les pueda llevar al mercado y a mi puesto donde pueden comprar mercancía. – Le daba golpes en la espalda, Amadou asintió con la cabeza.

Richard había participado en la conversación pero de repente un fuerte dolor en el vientre hizo que se encogiera todo él.

– ¿Que le pasa? – le preguntó Fatoumata a Laurette.

– A lo mejor ha comido algo que no le ha sentado bien. –

– Debe beber leche, mucha leche. Para mi tribu, leche es agua divina. Te hace invulnerable y te ayuda contra náuseas. –



Con un gesto de la mano Richard rechazó la propuesta de Fatoumata que estaba a punto de ir a buscar leche de la casa. – No, por favor, leche no. No la soportaría ahora. Sólo de pensarlo me da náuseas. –

– Tengo algo mejor – les interrumpió Mahamadou. – Le prepararé una infusión de hierbas. Tranquilizará su estómago y le dará fuerza.

–

Richard no tuvo nada que objetar. Mientras que Fatoumata dejaba hervir el agua, Mahamadou fue a buscar algunas hierbas frescas del jardín, entró en la casa y fue a buscar algunos pedazos de corteza que puso en agua caliente. Unos minutos después Mahamadou añadió un mango seco.

– Es la fruta de este árbol – dijo Amadou con mucho respeto, y Mahamadou añadió – es un fruto muy especial, un mango único. Te dará fuerza, mucha fuerza. –

–¿De dónde es el mango? – Laurette quiso saber.

– Es de un lugar secreto, ubicado en el valle de los espíritus benévolos. En este árbol habita un espíritu que me protege – explicó Mahamadou de

tal manera que todos se quedaron asombrados. – Mientras que le guste al espíritu estar en el árbol me encontraré bien, pero en cuanto desaparezca yo también tendré que marcharme para siempre. –

Laurette se asustó porque Mahamadou lo decía con tanta naturalidad como si estuviera seguro de su destino.

– No se preocupe, siempre habla así. – se apresuró a explicar Nicodeme. – Tiene un vínculo muy especial a este espíritu. –

– ¿Y cómo lo sabe, Nicodeme? – Laurette preguntó con interés.

– Durante mis estudios de magisterio en Quagadougou tuve la oportunidad de conocer a mucha gente de diferentes creencias y culturas. Hoy ya no creo en los espíritus ó en la capacidad de gente de embrujar a otras personas. Sin embargo, sí me puedo imaginar que haya algo especial de este mango. Puede que albergue un espíritu. –

– ¿Tu abuela también cree en el espíritu? – preguntó Laurette a Amadou.

– No, mi abuela no cree en los espíritus. Ella está segura de que es un truco del abuelo ya que a ella le gustaría cortar este árbol de mala

muerte para utilizar la madera como leña. Ella piensa que él sólo mantiene el cuento para salvar el árbol de mango. Pero también puede ser que esté celosa porque Mahamadou pasa más tiempo con el mango que con ella. –

– ¿Crees en los espíritus? – Laurette siguió preguntando.

– No sé – dijo Amadou algo avergonzado. – Bien mirado no, pero árbol sí es algo especial. Incluso tengo la sensación que el abuelo puede comunicarse con el árbol. Como un árbol no puede hablar debe de hacerlo con su espíritu. –

– ¿Por qué? – siguió preguntando Laurette interesada.

– Porque lo dice el abuelo y yo le creo pero me preocupo mucho por él. ¿Qué pasa si tiene razón y muere cuando muera el mango? – En la cara de Amadou Laurette podía ver el miedo que sentía ante la posibilidad que esto le pudiera ocurrir a su abuelo.

– ¿Por qué no intentáis a plantar más árboles de este mango? Así el espíritu tiene la posibilidad de cambiar de árbol – propuso Richard.

– Ya hemos tratado de criar nuevas plantas de las semillas, pero sin éxito. El abuelo dice que el espíritu del mango quiere impedirlo. ¿Por qué? Tampoco lo sabe. Estos árboles de mango pueden hacerse muy viejos, algunos superan los 100 años. Este árbol de mango vivirá muchos años más. Pero el impacto del relámpago ha destruido el tronco y muchas ramas se están muriendo – explicó Amadou.

– El árbol padece de micosis. – advirtió Richard después de examinar detenidamente un trozo del árbol. – Mirad, aquí se ven huellas de hongos. Tenéis que regar el árbol utilizando un remedio contra hongos y ya está. –

Durante unos segundos todos se quedaron mirando a Richard en silencio. En un principio Laurette le miraba con cara de reproche ya que él había destruido el misterio del árbol de mango tan sólo tratándolo con un veneno.

Pero luego dijo. – Qué maravilla, es la solución. Aplicamos un remedio contra la micosis para que el árbol sobreviva. Así sobrevivirá también el abuelo y tú, Amadou volverás a sonreír. –

Con todo ello hizo sonreír a Amadou y todos los demás se alegraban con él.

– Mañana mismo compraré un fungicida – prometió Nicodeme ya que todos estaban convencidos de haber encontrado la solución ideal.

– ¿Tienes hijos, Laurette? – le preguntó Amadou de repente.

– No, Richard y yo no tenemos hijos. –

– ¿Por qué no? –

– No quisimos tener hijos. –

– ¿Puedes explicármelo por qué no, por favor? –

– Sí, claro que puedo explicártelo. Nosotros podemos decidir si queremos hijos o no –

– ¿No los echas en falta? –

– Soy maestra y en el colegio estoy con niños todo el día, y ahora además te tengo a tí – dijo abrazándole muy cariñosamente. Amadou se sentía muy honrado y ligado a Laurette. – Ella es como la madre que nunca tuve. – pensó por sí mismo recordando tanto a su madre como a su abuela la cual le había criado y cuidado.

Fatoumata coló la infusión en una fuente y sirvió una taza grande y llena a Richard. Una vez se enfrió un poco Richard se tomó placenteramente la

taza. Para los días siguientes Mahamadou le llenó una cantimplora vieja con el té que quedó.

– Muchas gracias, esta noche seguramente me hará falta. No obstante, mañana terminamos nuestro viaje por Àfrica – explicó Richard. – Mañana a la madrugada nos vamos a Ouagadougou. Por la noche volvemos en avión de ahí á Lyon. Por desgracia no hemos podido reservar un vuelo directo. Primero vamos a Casablanca en Marruecos, después de una parada allí seguimos el viaje à Lyon. Seguramente estaremos de viaje unas 14 horas hasta llegar a casa. Me gustaría mucho mantener el contacto con vosotros por e-mail. –

Sacó un trozo de papel de su bolso y apuntó su nombre y dirección de correo electrónico. – Aquí tienes mis datos. Por favor, escíbeme. Quizá os pueda ayudar de alguna forma con la red informática o con software. –

Amadou agarró fuertemente la mano de Laurette como si quisiera evitar que ella se alejara de él para siempre. Laurette y Richard afirmaron varias veces que habían disfrutado mucho la compañía de la familia y no deseaban perder el

contacto. Amadou se tranquilizó y los dos se despidieron volviendo al hotel.

## ¿De dónde eres?

Nunca antes Amadou había hablado con su abuelo sobre el origen del árbol de mango. El abuelo disfrutaba mucho dejando pasar horas y horas debajo del árbol. En su familia se habían reído a menudo de ello. Había muchos árboles sanos en el jardín, entre ellos otros árboles de mango con hojas abundantes y frutos grandes, pero el abuelo se empeñó en quedarse debajo del mango más feo que Amadou había visto en su vida.

Suavemente el abuelo estaba acariciando el tronco del árbol tocando también la parte que había sido dañada por el relámpago. Veía como su abuelo tiernamente tocaba la corteza carbonizada y se ponía a llorar en silencio.

– ¿De dónde es este árbol de mango? – Amadou le preguntó a su abuelo preguntándole tal y como lo había hecho Laurette el día anterior.

– Él árbol es de un lugar completamente secreto – dijo Mahamadou sin tener la intención de querer hablar más del asunto.

– ¿Por qué no quieres hablar de ello conmigo? –



– Porque no me entenderías. –

– Pero si no hablas con nadie nadie te podrá entender. –

– Un día te contaré con detalle la historia de este árbol de mango. –

– ¿Cuándo, abuelo? Soy lo suficientemente mayor para oírlo. –

Evidentemente el abuelo no quería hablar del árbol de mango. De todos modos nunca hablaba mucho.

Amadou también iba a preguntarle a su padre, pero su padre tampoco sabía nada.

– Nunca le he preguntado. El árbol es de no sé donde, no le des más importancia. Tu abuelo es raro y basta, lo sabemos todos. La gente de la ciudad ya se ríe de él. Se cree que el árbol de mango es muy especial, no ve que sólo se trata de un árbol mutilado que lleva frutos casi incomibles y que ha sido castigado por un relámpago. No entiendo por qué sospecha que precisamente en este árbol habite un espíritu benévolo. Si yo fuera un espíritu me elegiría un árbol de mango más hermoso –afirmó Nicodeme riéndose junto a Amadou.

Se burlaban de Mahamadou como la mayoría de la gente, no en sentido negativo, Mahamadou era buena persona, pero se comportaba de manera diferente a los demás. Él no aspiraba a riquezas, su alimentación era más bien sencilla. Era feliz cuando estaba sentado debajo de su árbol de mango, totalmente contento.

La noche anterior Amadou había tenido una pesadilla en la que su abuelo perdía la vida. Vió como la gente se despedía de él, una vecina quería saber quién había sido Mahamadou y de dónde era. Nadie de la familia era capaz de dar una respuesta satisfactoria, todos se miraban desconcertados. Con esta imagen y bañado en sudor Amadou se había despertado.

Hoy tuvo que ser puntual en el colegio. Como cada mañana la abuela ya había preparado su desayuno, a pesar de que Amadou no solía comer nada por la mañana porque no tenía hambre.

– Tienes que comer algo – le dijo la abuela.

– ¿Abuela, de dónde es el abuelo en realidad? –

– Es de Malí, es lo único que sé. Nunca me ha contado más, nunca ha querido hablar de ello. –

– ¿Y tú no le has preguntado más? –

– Sí, por supuesto, cuando nos enamoramos y salíamos juntos, le preguntaba muchas veces. En aquella época las parejas no solían casarse por amor. Le conocía y me gustó, como era tan diferente a todos los hombres jóvenes que había conocido hasta entonces. Por supuesto, mis padres querían saber más sobre él y su familia e intentaban averiguar. Pero él no contaba nada. –

– ¿No tiene familia? –

– Puede que no. Varias veces le he pedido que me contase algo, pero mis preguntas solamente le enfurecían. Es su gran secreto. Ya no me importa de donde es. Le conocí, nos casamos y primero tuvimos a un hijo, a tu padre, luego tu padre se casó y llegaste tú, nuestro nieto. Somos felices y no quiero saber más del pasado. –

En el camino al colegio Amadou se preguntaba una y otra vez, por qué Laurette había demostrado tanto interés por su abuelo y su árbol de mango como nunca nadie de su familia jamás se había interesado.

¿Qué secreto ocultaba su abuelo y qué secreto escondía aquél árbol de mango.

Aquella tarde Amadou le llevó un vaso de agua al abuelo cuando éste descansaba de nuevo bajo su árbol.

– Abuelo, por favor, cuéntame un poco más de tu juventud. –

Evidentemente la pregunta de su nieto no le hizo mucha gracia a Mahamadou así que en un principio guardó silencio. Cuando Amadou seguía insistiendo respondió de mala gana. – Nací cerca de Ansongo. Ansongo está en Malí, cerca del gran río, del Níger. La historia de mi vida es difícil y complicada. Hasta ahora nunca he hablado de ella. Me cuesta ya que aquí en este pueblo nadie realmente me conoce y nadie quiere saber nunca nada.

– La abuela me contó que en el pasado también te ha preguntado muchas veces pero que tú nunca le has dado respuestas. –

– Es cierto, no le he hablado de mi pasado, ni con la abuela ni con tu padre. Sin embargo, un día, antes de morirme, te lo contaré todo a tí. Hay muchos secretos en mi vida y no me gustaría que la gente se enterasen de ellos. Y sólo te contaré algo si me prometes no hablar de ello mientras yo esté

vivo, ni siquiera con tu padre o incluso con tu abuela. –

Varias veces Amadou le aseguró a Mahamadou que se callaría y que le guardaría el secreto.

– Me crió en una familia pobre, éramos nueve hermanos. A mí me pusieron el nombre de Mahamadou. –

– ¿Tenías ocho hermanos? Qué emocionante. ¿Todavía están vivos? – Amadou se interesó.

Mahamadou miró alrededor, como si tuviera miedo que alguien pudiera escucharles y dijo con voz baja. – En mi familia siempre me marginaban durante mucho tiempo nunca supe por qué. En el pueblo se burlaban de mí. A menudo me peleaba con los demás muchachos, muchos de ellos me rechazaban. Un día durante una disputa un muchacho me preguntó por qué tenía una hermana de la misma edad si mi madre sólo podía dar a luz a un hijo cada año. Esta pregunta me hizo pensar mucho y pregunté a la gente que me dijera cuánto tiempo duraba un embarazo y cuántas veces una mujer se podía quedar encinta. –

– Un embarazo dura nueve meses – dijo Amadou rápidamente, tal como lo había aprendido recientemente en el colegio. – Y no es bueno que una mujer vuelva a quedarse embarazada a poco tiempo después de dar a luz. Sin embargo, si tu hermana tiene la misma edad, podría ser tu gemela, a lo mejor sois gemelos. –

– No, no somos gemelos, estábamos seguros de ello. – respondió pensativo y por lo visto le costaba seguir hablando. Mahamadou rompió a llorar y hubiera deseado terminar la conversación en ese mismo instante. Pero Amadou siguió pidiendo que Mahamadou le contara más.

– Mi madre tardó mucho en hablar conmigo. Mucho más tarde al final me confesó que yo era huérfano. Una organización humanitaria me entregó para que mi madrastra cuidara de mí cuando apenas tenía dos años, ellos el dieron dinero para que me acogiera en su familia. –

– ¿Tu madre sólo te ha cogido por dinero? – preguntó Amadou conmovido.

– Mi madre seguramente necesitaba el dinero. Su marido se había muerto y tenía que mantener una gran familia. Pero siempre me ha

tratado como su propio hijo. Nunca me hizo sentir que era huérfano. –

– ¿Entonces has crecido sin padre? – Amadou preguntó.

– En el pueblo vivíamos más unidos que aquí en la ciudad. Así que mi vida estaba rodeada de muchos padres y me llevaba bien con el sanador del pueblo. Una vez éste le dijo a mi madre que creía que en un futuro yo haría algo exceptional, pero que no sabía si sería algo bueno o malo. Por esta razón, mi madre me mandaba muy a menudo al sanador para que él pudiera averiguar si habría algo malo o bueno en mí. –

– ¿Qué pudiste averiguar? –

– Nunca me dió una respuesta concreta, tenía que recolectar plantas para él. Otros muchachos del pueblo lo hacían también, pero muchas veces se equivocaban. Yo, en cambio, le traía las hierbas que pedía y él estaba muy contento conmigo. Por ello comencé a interesarme más por hierbas y plantas y observaba al sandador como trabajaba con las hierbas. –

– A mí también me gustaría aprenderlo. ¿Se pueden curar todos los males con hierbas? –

– Algunas hierbas sí producen efecto, particularmente cuando actúan con un espíritu bueno, las hierbas por si solas sólo tienen un efecto limitado. Sin embargo, a veces falla el espíritu. –

A Amadou le costaba mucho imaginarse que un espíritu desempeñara un papel importante en la curación de una enfermedad. Quiso saber más y preguntó a su abuelo como debería ser este espíritu. En aquél momento que Mahamadou quiso responder, Nicodeme salió de la casa y se unió a ellos bajo el árbol de mango.

– En la casa hace demasiado calor. Éste es el mejor sitio, sobre todo ahora, que se levanta el viento. –

– Hablaremos en otra ocasión – Mahamadou dijo silenciosamente a Amadou cuando Nicodeme volvía a la casa para buscar agua.



## El ordenador portátil

**E**l día siguiente Richard volvió a encontrarse mejor y lleno de energía. Nada quedaba de las molestias de estómago del día anterior.

Para poder coger el vuelo por la noche se tuvieron que marchar muy temprano. El viaje en autobús o taxi colectivo les parecía inseguro porque muy a menudo no respetaban el trayecto o los horarios previstos. Por esto habían preguntado en la recepción del hotel por una alternativa distinta. Acordaron un precio global por el viaje del hotel al aeropuerto de la capital en un coche con chófer que ofrecía el hotel.

Por la mañana salieron bien temprano para llegar al aeropuerto de Ouagadougou con tiempo. Durante todo el viaje el chófer les contó historias fantásticas. Les habló de sus experiencias con los turistas, de los cambios en Burkina Faso y de todo lo que podía pasar durante sus viajes.

– Él es un guía turístico ideal – Laurette susurró a Richard – Amadou podría aprender mucho de él. Además, si apuntáramos todo lo que

nos está contando, tendríamos una guía turística muy práctica. —

Richard y Laurette llegaron a Ouagadougou antes de la hora prevista. Así que les quedaba algo de tiempo antes de ir al aeropuerto. El chófer les dejó en una calle comercial de la ciudad. Laurette quería comprar algunos regalos antes de salir hacia Lyon. Por algo más de dinero el chófer estaba dispuesto a esperarles para luego llevarles al aeropuerto y ellos podían dejar el equipaje en el coche.

Como casi siempre Richard se aburría cuando Laurette se iba de compras. Pero para complacerla la acompañó a algunas tiendas.

En una de las tiendas se vendían toda clase de aparatos usados. Laurette trasteó en un rincón donde había encontrado figuras talladas cuando vio a Richard con un ordenador portátil usado.

— ¿Le interesa el ordenador? — el dependiente preguntó ya que veía a Richard examinar la computadora con mucho detenimiento.

— El diseño verde-blanco es muy llamativo. Creo que conozco este ordenador. ¿No es un ordenador *Una laptop por niño?* Creía que solamente

se suministraran a los colegios ¿Cómo lo han conseguido? –

El dependiente se encogió de hombros, sonreía y se quedó sonriendo en espera de saber si él estaba interesado.

– ¿Cuánto vale? – le preguntó Richard

El dependiente le dijo un precio desproporcionadamente alto. Richard había oído que se vendían ordenadores como éste por 100 dólares aproximadamente. Se lo dijo al hombre que en seguida redujo la oferta a la mitad.

– ¿Que quieres hacer con el ordenador? – Laurette preguntó extrañada. – En casa tienes un par de ellos. –

– Quiero comprar este ordenador para Amadou. –

– Si tú lo dices. Voy a la otra tienda – dijo y desapareció por la puerta.

Richard le indicó al dependiente que pedía demasiado por el ordenador y discutieron el precio y éste lo redujo otra vez. Al final el dependiente le dió su último precio y Richard hizo la conversión a Euros. Sin embargo, Richard todavía estaba

dudando si debería comprar un laptop usado a Amadou. Tal vez igual no funcionara y Amadou se quedaría decepcionado. Se lo dijo al dependiente.

– Mire – dijo el dependiente con ceño fruncido – es un XO-1.5, no es muy frecuente. –

– ¿Que tiene de especial? – Richard quiso saber en seguida.

– Comparado con el modelo anterior tiene considerablemente más memoria y algunas ventajas más. –

– Si me demuestra que puede establecer una conexión al Internet aquí en la tienda, que la tarjeta de memoria funciona y que la batería es como nueva, entonces me lo llevo. –

En un principio el dependiente no estaba muy de acuerdo. No obstante, puso en marcha el ordenador. Las baterías estaban vacías así que era necesario conectarlo a la red eléctrica.

– En este lado se ven las antenas para la conexión WIFI. – el dependiente explicó y dobló las antenas hacia arriba. Se parecían a las orejas de un conejo, pero de color verde.

Sin esfuerzo el dependiente estableció una conexión estable a Internet. Richard entró en su cuenta privada del correo electrónico y se escribió un mensaje test lo cual poco después encontró entre sus mensajes nuevos.

– Si me cambia las baterías, lo compro, no me fío de las viejas – dijo Richard fríamente.

– El ordenador vale mucho más como sabe ya se han instalado varios programas educativos – lamentó el vendedor.

– De hecho, los programas de aprendizaje podrían ser interesantes para Amadou – pensó Richard disimulando su interés ya que quería mostrarse intransigente. Por esto el dependiente cambió las baterías sin más.

– En esta computadora se pueden utilizar baterías estándares, no es necesario comprar baterías especiales que normalmente son muy caras. – explicó.

– ¿Se pueden recargar las baterías? No estoy seguro si en casa de los Ouedraogos haya suministro de electricidad. – Richard dijo pensativo.

– Pues, puedo ofrecerle un dínamo conectable con una manivela de mano – el

dependiente dijo el con una sonrisa socarrona en la cara.

Rápidamente se pusieron de acuerdo sobre el precio de la dínamo. Ahora había que empaquetar el ordenador para que no se estropease y el dependiente lo hizo con esmero. Adjuntó un manual y Richard le pagó el precio negociado.

– ¿Cuánto te ha costado el laptop? – Laurette quiso saber al salir de la tienda.

– Bueno, lo mismo que cuando salimos los dos a cenar. – Richard dijo mirándola de reojo.

– Muy barato. Desde luego, Amadou merece este regalo – respondió Laurette. Llevaba una bolsa de plástico llena de regalos pequeños.

– Este ordenador portátil es muy robusto. Con él Amadou puede hacer muchas cosas, puede hasta sacar fotos. ¿Ahora me pregunto cómo lo mandamos a casa de Amadou? –dijo Richard mirándola a Laurette, como si hasta el momento no lo hubiera pensado.

– Nuestro conductor vuelve pronto. Podría llevar el regalo a casa de los Ouedraogo – respondió Laurette inmediatamente.

Los dos volvieron al coche y Laurette en seguida se puso a explicar cómo llegar a la casa de Amadou al simpático conductor, éste, no obstante, parecía conocer la familia.

– ¿Está seguro de que el regalo llegara bien a Amadou Ouagadougou? – Laurette le preguntó con voz insegura.

– ¿No se fía de mí? – el conductor le preguntó en seguida y sin esperar una respuesta añadió – Yo también tendré cuidado, pero pueden fiarse de mí. –

– ¿Por qué? –quiso saber Laurette.

– Para empezar soy un hombre honesto y no busco pelea con el nieto de Mahamadou. Además no quiero que Mahamadou me embruje al final. –

A Laurette y Richard lo dicho les impresionó y les hacía gracia al mismo tiempo. Con asombro observaron cómo el chófer hablaba de Mahamadou.

Luego subieron al coche para ir al aeropuerto. En el camino Laurette y Richard escribieron una nota para Amadou y Richard una

vez más daba las gracias a Mahamadou por la infusión de hierbas.

– ¿Pues, qué crees? ¿Fue la infusión de hierbas o el espíritu del árbol de mango que al final me quitó los dolores de estómago? – preguntó Richard con un tono irónico en su voz, mientras que escribía las últimas palabras a Amadou. Antes de poder responder Laurette el conductor respondió rápidamente. – Era el espíritu, seguro, porque las hierbas en el té sólo pueden transmitir la fuerza del espíritu. –

Laurette y Richard se miraron extrañados y Richard murmuró con voz muy baja: – ¡Esto es África! –

Llegados al aeropuerto el chófer sacó el equipaje del maletero y Richard le dio el paquete y las cartas para Amadou y Mahamadou. Aunque ya había pagado el viaje en el hotel, le recompensaron al chófer por sus servicios de guía, por el tiempo de espera y por el transporte del paquete para Amadou. El chófer reaccionó muy emocionado.

– Vuelvan pronto – gritó por la ventana abierta del coche antes de salir con las ruedas rechinando.



## Comunicación

**E**n el colegio Amadou había contado a sus compañeros de su encuentro con Laurette y Richard. – Estoy seguro de que me escribirán – había asegurado, pero ellos sólo se habían reído de él.

– ¿Por qué deberían escribirte? – uno de sus compañeros preguntó y añadió – Los turistas siempre actúan así. ¡Una vez que se han marchado a casa ya se han olvidado de tí! –

Amadou volvió a casa desilusionado. Le contó a su padre lo que había pasado y le preguntó – ¿Tú también crees que no voy a saber nada de ellos? –

– No lo sé. Puede que sólo por puro aburrimiento se hayan interesado por nosotros. Ahora que han vuelto a Francia puede que tengan otras cosas en la cabeza. –

Amadou se sintió triste y su padre le daba pena ya que le había dado una respuesta bastante dura. – Bueno, pero hoy he mandado un mensaje a Richard – comentó a Amadou para animarle un poco.

– Antes de clase le he escrito un mensaje para pedirle ayuda referente a nuestra red WIFI. Quiero saber qué tenemos que hacer para mejorar el acceso al internet de todas las aulas y edificios del colegio. Espero que Richard me responda. –

Amadou estaba muy contento al ver que su padre había contactado a Richard. Por lo menos había dado el primer paso en la comunicación, ahora le tocaba a Richard a responder. Amadou anhelaba mucho aquella respuesta, sobre todo quería mantener el contacto con Laurette.

Ensimismado y pensando en Laurette casi no se dió cuenta del coche que se había parado en frente de la casa. Un hombre bajó con un paquete en las manos y llamó a la puerta.

– Vengo a entregar personalmente a un tal Amadou – dijo disculpándose ante Nicodeme que se disponía por aceptar el paquete.

Un paquete sólo para él, esto era algo nuevo para Amadou. Al principio no sabía cómo reaccionar, estaba muy insegura. Pero su padre le animó a aceptar aquél paquete.

Antes de abrir el paquete leyó la carta de Laurette y Richard varias veces en voz alta a su

padre. Con palabras amables los dos volvían a asegurar que se habían sentido muy a gusto durante su visita y que querían mantener el contacto. Richard le daba las gracias especiales a Mahamadou por la infusión de hierbas.

– Para Amadou – indicaban – tenemos un regalo especial. –

Finalmente Amadou desarrolló el paquete sosteniendo en las manos un aparato de plástico de color verde-blanco.

– ¡Apenas no me lo creo, es un ordenador portátil del tipo XO! – exclamó Nicodeme. Toda la familia se quedaron turulatos y Nicodeme les explicó sin preámbulos: – Ya he leído sobre el XO. Han equipado algunos colegios de este ordenador. Es de un proyecto que se llama OLPC que quiere decir *una laptop por niño* y ha sido diseñado para cumplir con las necesidades de los niños. Es un regalo muy validoso. Para poder comprarlo tendría que trabajar por lo menos un mes – calculó Nicodeme.

En una segunda carta Richard escribió que el ordenador portátil había sido examinado en la tienda y que Amadou podía tener acceso al internet, escribir mensajes y leer libros electrónicos. Y que

además se encontraban algunos programas de aprendizaje en esta laptop.

– Me alegraría mucho si también utilizaras este ordenador portátil para tu estudios. Tal vez puedas entrar en la red WIFI del colegio desde tu casa. Será posible si el colegio no está demasiado lejos y si el router WIFI permite el intercambio, estoy seguro de que tu padre lo podrá solucionar y configurar –

La escuela estaba situada a aproximadamente 250 metros de la casa, en línea recta. En medio no se encontraban edificios altos, sólo algunos árboles tapaban la vista a los edificios del colegio.

– A lo mejor pueda permitirte el acceso WIFI si me dejas trabajar con el ordenador de vez en cuando – propuso Nicodeme ya que le habría gustado que fuera para él.

– Claro, todos podemos trabajar con el ordenador – Amadou se mostró generoso.

Cuando al día siguiente Nicodeme discutía con el director del colegio sobre el tema, en un principio éste no se mostraba muy entusiasmado con que un ordenador privado tuviera acceso a la

red interna de la escuela. Sólo desde hace pocos meses el hotel cercano les permitía el acceso a su red ya que contaba con una línea permanente. El nuevo jefe del hotel había comprado el router para el colegio y además les había conseguido ordenador portátil con WIFI de segunda mano, para que los maestros pudieran enseñar a los alumnos cómo utilizar internet. Por desgracia habían robado este ordenador portátil unos pocos meses antes. Por el momento sólo disponían de un ordenador en la oficina que estaba conectado y cada vez que Nicodeme quería escribir un mensaje tenía que ir allí.

Cuando el director del colegio se enteró de que Nicodeme quería utilizar el laptop para escribir mensajes a una maestra en Francia y que el marido de ella quería ayudarles con el desarrollo de la red informática, en seguida cambió de opinión. Nicodeme no le dijo que era el ordenador de su hijo, porque temía que éste a lo mejor no le quisiera ayudar, ya que, Amadou era de otro colegio.

Nicodeme continuó explicando detalladamente que el acceso no suponía ningún gasto adicional ni para la escuela, ni para el hotel ya que se trataba de una línea permanente. El único

coste era la electricidad para el router WIFI del colegio, pero el consumo era mínimo. El director estaba de acuerdo. Además, un circuito adicional con una batería permitía la marcha del router en caso de un apagón.

Al día siguiente Nicodeme se sorprendió gratamente al recibir un mensaje de Richard, lo leyó en el colegio. Richard le contaba sobre el vuelo largo y agotador, del que habían tenido que descansar al día siguiente. Y luego quería saber si había llegado el paquete para Amadou.

Al principio Nicodeme quería responderle en el mismo instante pero luego decidió primero instalar el acceso del ordenador portátil de Amadou a la red del colegio. Para esto había traído su laptop al colegio.

Justo después de clase toda la familia se reunió en el banco debajo del árbol de mango y Nicodeme les enseñó cómo se encendía el ordenador y cómo podían conectarse al internet. Y de hecho, en el rincón a la izquierda de la pantalla parpadeaba el icono de la actividad WIFI.

– Ahora estamos conectados a la World Wide Web o a la red mundial – explicó Nicodeme

orgullosamente. – De aquí podemos visitar todo el mundo. –

Para empezar escribió el nombre de Gorom-Gorom en el campo de entradas de Wikipedia y leyó lo que la gente llegaría a saber de Gorom-Gorom si buscara información sobre su ciudad. No era mucho que se podía leer pero todos estaban entusiasmados.

– ¿Y qué hay sobre Burkina Faso? – preguntó Fatoumata. Sólo pocos segundos después disponían de información abundante al respecto.

– Y ahora escribimos un mensaje a Laurette y Richard – dijo Nicodeme y abrió el programa de mail. Introdujo la dirección de Richard y pasó el ordenador a Amadou. – Es tu ordenador portátil y tu contacto. Escribe tú un bonito mensaje a él. –

Totalmente nervioso Amadou primero tenía que familiarizarse con el teclado del ordenador. Luego entró letra por letra con el dedo aunque tuvo que corregir su texto varias veces. Nicodeme le ayudó y Mahamadou y Fatoumata les observaron con atención.

Antes de nada quiso darles las gracias a Richard y Laurette y les preguntó por qué le habían

hecho un regalo tan valioso. Prometió – si tuviera la ocasión – darles algo a cambio.

– Y ahora aprieta ENVÍAR – Nicodeme le instruyó y todos contemplaron atentamente como Amadou enviaba su primer mensaje electrónico.

– ¿Y ahora, que pasa? – Fatoumata pregunto nerviosa

– Mediante comunicación por radio el e-mail, quiere decir el texto digitalizado, llega al router WIFI que he podido instalar de tal manera para tener una buena cobertura y conexión desde aquí. También por la noche está conectado a la red eléctrica con batería, así que puede recibir este mensaje. Desde allí llega – también por radio o WIFI – al hotel.

Nicodeme tardó un poco hasta continuar porque tampoco sabía exactamente que pasaba con el mensaje después. – Después, creo que llega por un cable o un enlace por satélite a la capital. Al fin la mayoría de los enlaces van al mar porque en la costa han tendido un cable submarino que por su parte tiene conexión con los países contiguos. Estos países ingresan las señales en la red para que la información pueda llegar a muchos sitios en todo el mundo. En cualquier momento el mensaje de



Amadou llegará a Lyon, lo que tarda sólo unos segundos o incluso menos.

Atentos se quedaron enfrente del ordenador para esperar la respuesta desde Lyon. Como ésta se hizo de esperar, navegaron por internet. Fatoumata tenía mucho interés por información sobre su tribu. Mahamadou se alegró mucho de poder ver imágenes de mangos y Nicodeme fue buscando libros electrónicos interesantes. No tardó mucho en encontrar libros en francés y los descargó en el ordenador.

– Mirad, esto es como un libro, pero no tenemos que comprarlo para poder leerlo – dijo lleno de entusiasmo.

– Sí, pero nos cuesta electricidad que es muy valiosa. - objetó Fatoumata preocupada. – Ya pagamos muchísimo. –

Durante mucho tiempo Fatoumata había tenido que vivir sin electricidad y era muy cautelosa con aparatos de consumo eléctrico.

Mientras tanto Amadou había ido examinando más detenidamente el paquete de Richard. Pronto encontró otro paquete que por su nerviosismo no había visto al principio. En el

embalaje Richard había escrito DINAMO. Por el colegio Amadou sabía que se utilizaban dinamos para generar electricidad.

– ¿Se puede recargar las baterías con el dinamo? – preguntó a su padre y le pasó una bolsa de plástico en la que alguien había escrito con un rotulador las palabras DINAMO CON MANIVELA.

– Sí, por cierto, tienes una fábrica propia de electricidad. Aquí es el manual. – Nicodeme dijo exaltado. Y después de leerlo añadió: – Dentro de sólo algunos minutos podrás generar electricidad tu mismo mediate la manivela de la dinamo. Con esta energía podrás trabajar con el ordenador durante una hora aproximadamente. –

De esta manera pasaron juntos algunas horas. Nicodeme leyó en voz alta del libro electrónico, después navegaron otra vez por la red hasta que llegó el mensaje de Richard.

– Es un regalo para Amadou, pero supongo que toda la familia disfrutará del ordenador. Ahora podemos comunicarnos a cualquier hora con vosotros, desde la oficina y desde casa. – escribió Richard.

– Y también es un regalo para mí – añadió Laurette – porque ahora me enteraré mejor de todo lo que hace mi hijo en Burkina Faso. –

Estas palabras le conmovían tanto a Amadou que rompió a llorar. Era tan feliz de leer estas palabras cariñosas aunque al mismo tiempo pensaba en su madre que había muerto cuando él ni siquiera contaba con dos años y de la que no guardaba ningún recuerdo.

Durante los días siguientes el ordenador fue el centro de la atención familiar. Nicodeme y Amadou compitieron por la información y esto daba mucho para contar. Mahamadou y Fatoumata disfrutaban mucho con los dos. Veían a su hijo y a su nieto codo a codo en un feliz viaje de exploración por el mundo de internet y al mismo tiempo aprendían muchas cosas interesantes, cosas de las que nunca habían oído antes.

Como eran móviles con el ordenador portátil, se sentaban en la casa o en el jardín, pero lo que más les gustaba sentarse debajo del árbol de mango de Mahamadou. Cada noche antes de acostarse Amadou escribía un mensaje a Laurette y le contaba de todo lo que había hecho y aprendido durante el día. Era como un diario electrónico que

compartía con Laurette. En un mensaje Laurette quiso saber que había pasado con el mango y la micosis.

– Por desgracia el fungicida aún no ha tenido ningún efecto contra el hongo, al que llaman mango scab – Amadou contestó. – El hongo parece ser resistente y el abuelo cree que los fungicidas no pueden actuar en este mango porque el espíritu no está de acuerdo. –

– ¿No existen posibilidades de reproducir el árbol? – preguntó Laurette. – Pues, no sé mucho de ello pero aquí en Francia reproducen manzanos. Utilizan un manzano robusto como base e injertan la planta deseada en él. Entonces el nuevo árbol tiene la raíz y el tronco del árbol robusto, la parte superior del tronco con las ramas son del árbol deseado que está cargado de manzanas sabrosas. –

– ¿Cómo puedo saber si esto funcionaría con el árbol de mango? – preguntó Amadou un poco desorientado.

– ¿Por qué no buscas en internet? – respondió Richard – Ahora tienes todas las posibilidades y puedes visitar todo el mundo virtualmente. Seguro que así encontrarás algo sobre el injerto de árboles. –

Juntos Nicodeme y Amadou intentaron a buscar información acerca del injerto de mangos pero al principio dudaban qué palabras claves deberían utilizar. Cuanto más tiempo pasaban con el tema, más información obtenían. Amadou iba copiando las informaciones más interesantes a un fichero de texto.

– ¿Papá, dónde exactamente tienen Laurette y Richard su casa? –

– Esto es fácil. Ven, busquemos la palabra LYON en internet. –

Obtenían muchísimas páginas como resultado, textos en diferentes lenguas, fotos y videos. En ese momento, Amadou mandó un mensaje a Laurette para decirle que la ciudad de Lyon le gustaba mucho. Laurette respondió aquella misma noche: – ¿Que te ha gustado más? –

Amadou respondió en seguida: – Me fascinan las luces de Lyon por la noche. –

## La Esclava

– ¿Abuelo, por qué no visitamos el pueblo dónde te has criado? – Amadou preguntó un día cuando estaba a solas con él.

Mahamadou no dijo palabra y miró hacia el suelo. Parecía una eternidad hasta que volvió a decir algo. – Nunca he vuelto allí. –

– ¿Por qué no? – Amadou preguntó con interés.

– Hasta ahora nunca he querido hablar de ello. Yo te lo contaré, pero nunca digas nada a nadie. Es que en nuestro pueblo vivía una chica en casa de una vieja, vivía allí como una esclava. La chica se llamaba Urbi y provenía del río Mekrou en Benín. Me contó más tarde que cuando tenía seis años la vendieron a una familia de navegantes donde tenía que trabajar en un barco. Como era muy flaca y débil y se ponía enferma muy a menudo el navegante la revendió poco después. Recuerdo muy bien que cuando ella tendría alrededor de diez años la vieja la trajo al pueblo desde Ansongo. En el mercado la vieja la canjeó

por unas gallinas, porque el navegante quería deshacerse de la joven. –

Mahamadou interrumpió su relato por algunos minutos para tranquilizarse, luego continuó hablando. – Todos los días tenía que trabajar para la vieja, tenía que recoger leña lejos del pueblo, tenía que llevar los bultos pesados en la cabeza todo el camino hasta la casa y tenía que ir en busca de agua. A pesar de que trabajara duramente, muy a menudo recibía golpes como una esclava. Ella me caía bien y a veces hablabamos. En aquellos instantes estaba de buen humor, ya que, normalmente estaba muy triste, particularmente cuando los hombres mayores del pueblo la llevaban a un lugar secreto lejos del pueblo. Cuando volvía parecía muy alterada y nerviosa y no quería hablar más conmigo. –

Sus propias palabras dejaban muy triste a Mahamadou. Sólo con gran esfuerzo pudo controlar sus emociones.

– De vez en cuando un alto funcionario del gobierno provincial pasaba por el pueblo. Tenía una motocicleta que resplandecía cómo el sol. Solía traer alcohol para los hombres. A veces el jefe de pueblo llamaba a Urbi que entonces tenía que

acompañar al funcionario a la cabaña del jefe de pueblo.

Un día Urbi se puso muy enferma. El chamán del pueblo no quería tratarla porque creía que ella estaba poseída por un espíritu maligno. Afirmaba que si él exorcizara el espíritu, este espíritu se buscaría otra víctima en el pueblo. –

– ¿Y nadie se ocupó de ella? –preguntó tristemente Amadou.

– No, yo era el único que trataba de ayudarla. Muchos la evitaban y siempre que sucedía algo en el pueblo que nadie podía explicarse, le culpaban a Urbí por haber contagiado a alguien de la noche a la mañana. Yo preparaba infusiones para ella, de hierbas que también solía recoger para el chamán. Hervía las hierbas con corteza medicinal y frutos especiales. –

– ¿Utilizabas las mismas hierbas que también usaste para el té de Richard? – preguntó Amadou con curiosidad.

– No, no utilizaba exactamente las mismas hierbas. Para Urbi solía tomar hierbas que también usaba el sanador cuando alguien del pueblo estaba muy enfermo. –



– ¿Que ha pasado con Urbi? – insistió Amadou.

– Una tarde Cuando había quedado con Urbi en secreto para darle algo del té el jefe de pueblo y el funcionario nos buscaron. Cuando nos encontraron el jefe de pueblo le pidió a Urbi que acompañase al funcionario. Antes de marcharse ella bebió el té que le había traído. El jefe de pueblo se enfureció, estaba impaciente y le dió una patada a Urbi. Así derramó el resto de la infusión. El funcionario se reía de ella, entonces le cogió del brazo y la llevó consigo. Otra vez Urbi se dió la vuelta así que yo podía ver su cara triste con unos ojos que nunca olvidaré en mi vida. –

Mahamadou estaba tan conmovido por sus propias palabras y pensamientos que por algunos instantes no fue capaz de hablar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, parecía como si volviera a vivir nuevamente la situación que estaba contando.

– Cuando recogí el vaso del suelo, el jefe de pueblo me cogió de la oreja y me preguntó cómo había preparado la infusión. Yo le expliqué que con frecuencia le traía infusiones de hierbas a Urbi, y que eran las mismas infusiones que solía preparar el chamán para que la gente mantuviera la fuerza para

vivir. Me golpeó y me dijo que no debería preparar más infusiones de hierbas como el chamán, porque sólo éste tenía el permiso. –

– ¿Que hiciste entonces? –

– No podía hacer mucho y como el jefe de pueblo era el hombre más poderoso de la región yo no tenía más remedio que obedecer. Después de marcharse él me quedé un poco más en el lugar dónde muchas veces me había encontrado en secreto con Urbi. Cuando volvía al pueblo todo el mundo estaba muy agitado y discutían en voz alta. El funcionario insultaba al jefe de pueblo que se reunía con otros hombres del pueblo en la plaza. El jefe de pueblo me llamó y luego tanto el funcionario como el chamán y toda la gente alrededor comenzaron a insultarme. –

– ¿Les daba rabia que tú hubieras imitado la infusión de hierbas del chamán? –

– Al principio así lo creía y les repetía varias veces que nunca volvería a hacer más té. Sin embargo, el funcionario me acusó de asesinato, me inculpó de haber envenenado a Urbi, dijo que había visto como ella había tomado el té envenenado. El jefe de pueblo lo había confirmando, luego me insultaron incluso más. –

– ¿Y al final, qué te pasó? – Amadou quiso saber tartamudeando. Estaba completamente conmovido por lo que acababa de contar su abuelo.

– Estaba fuera de mí y no me dí cuenta de lo que me estaba pasando. Pero cuando el funcionario siguió explicando cómo había visto a Urbi encalambrándose después de beber el té envenenado y que luego cómo ella había muerto en sus brazos porque había sido incapaz de salvarla, de repente cogí miedo. El funcionario añadió que antes de morir Urbi había exclamado mi nombre varias veces lo que, en su opinión, era la prueba inequívoca de que yo era el culpable de la muerte de la muchacha. –

– ¿Pero esto no es verdad, abuelo, ó sí? – Amadou gritó con una desesperación como si todo acabara de suceder en ese mismo instante.

– No grites, no quiero que se enteren los demás – le increpó Mahamadou. – Los demás hombres del pueblo estaban todos de acuerdo. Incluso el chamán que hasta aquél momento siempre había sido como un padre para mí declaró ante los demás que siempre había creído que había algo extraño de mí y que algún día haría algo extraordinario. Ahora lo habría realizado por fin,

que yo era un asesino, había envenenado a Urbi y tenía que ser condenado según las leyes de la tribu. Una y otra vez traté de explicar que yo sólo había preparado una infusión según la receta del chamán, tal y como éste lo había preparado para tanta gente del pueblo. Cuando el chamán se enteró de lo que había dicho, afirmó que seguramente yo hubiese embrujado muchas hierbas con que había causado algunas enfermedades de las que ahora padecían algunos aldeanos. –

– Esto es injusto –interrumpió Amadou a su abuelo.

– Sí, era muy injusto. Toda la gente del pueblo estaba furiosa y exigía que me castigaran duramente. Me trataron como un desconocido que había venido a su pueblo pacífico a por dinero. Algunos exigían mi muerte inmediata. Yo insistía que no había hecho nada malo y que las hierbas eran idénticas a las hierbas que solía usar el chamán. Les conté que muy a menudo había acompañado al chamán y conocía muy bien los lugares donde encontrar las mejores hierbas. Una y otra vez decía que mis infusiones le habían gustado mucho a Urbi, sobre todo cuando estaba enferma, y que le habían dado fuerza y ella volvía a mejorar y estar alegre

nuevamente. Pero la gente del puebló no me creyeron. –

Mahamadou se puso a llorar y tardó algún tiempo hasta poder hablar de nuevo. – El chamán decía que yo no sabía recoger hierbas medicinales porque no tenía experiencia y que él era el único que tenía conocimiento de hierbas. Que no sólo eran importantes las hierbas sino también las fórmulas secretas que había que recitar preparándolas. Que sin las fórmulas el té podría tener el efecto contrario. Que era un milagro que Urbi no hubiera muerto por el té. Avisó a todos los hombres y mujeres que allí estaban que no preparasen infusiones medicinales. Luego afirmó que sólo él era el sanador, y que sólo el tenía la capacidad de dar fuerza a la infusión para expulsar los espíritus malvados de personas enfermas.

Yo repetía una y otra vez que había visto a Urbi mejorar, con más fuerza y más feliz, después de tomar mi infusión. –

– ¡De la misma manera que también has podido ayudar a Richard! –

– Es verdad, pero el chamán se encolerizó y gritó que yo era un niño presuntuoso porque creía que poseía el poder de un sanador. No entendía

cómo un muchacho pequeño podía hacer esto, un niño que ni siquiera era de su tribu. Según él yo era un abandonado, un nada y ahora encima un asesino. Sus palabras me dolieron mucho porque durante muchos años me había llevado muy bien con él, incluso había deseado algunas veces que él fuera mi padre. Recordaba las veces que había hecho un esfuerzo especial para recoger las mejores hierbas para él. No porque de la noche a la mañana me odiaba tanto. –

– Quizá temía tu competencia – interrumpió Amadou a su abuelo – porque sabías recoger y preparar las hierbas. Y como eres listo, a lo mejor creía que le disputarías su poder en el pueblo. –

– Tal vez fuera así, porque en muchas ocasiones se aprovechaba del poder que tenía en el pueblo, y eran muchos los aldeanos no estaban contentos. –

– Por favor, cuéntame más. – le pidió Amadou cuando se daba cuenta de que su abuelo dejaba de hablar absorto en sus pensamientos.

– Después, uno de los hombres dijo que había que encarcelar al asesino, es decir a mí, y que había que decidir qué hacer conmigo. Algunos

incluso hacían propuestas cómo matarme. Como ya era tarde y el funcionario ya se había marchado, el jefe del pueblo les avisó a todos que deberían pensar sobre el caso para dictar el fallo el día siguiente. Poco después, algunos jóvenes que me conocían bien me agarraron y me arrastraron hacia una cabaña que durante la cosecha servía de almacén de maíz. Me encerraron allí. –

– Esto es horrible, era realmente injusto. ¿Abuelo, qué pasó después? – quiso saber Amadou. Mahamadou podía ver la tensión en su cara.

– Dejémoslo por hoy, por favor. – rogó Mahamadou. – Los recuerdos de Urbi me conmueven tanto que no quiero hablar más de lo que pasó con ella. –

## Mangos

**D**urante los días siguientes Amadou pasó mucho tiempo navegando por internet para buscar información acerca de la reproducción de mangos. Encontraba sólo unos pocos textos en francés, la mayoría de la información había sido escrita en lengua inglesa. Entonces decidió aprender a leer aquellos textos lo antes posible.

En su ordenador portátil encontró un programa con un curso básico de inglés. Al principio a Amadou el aprendizaje le costaba mucho esfuerzo, sobre todo el acento inglés le causaba dificultades. Pero como el ordenador portátil disponía de altavoz y micrófono podía escuchar y aprender cómo se pronunciaban las palabras. No tardó mucho en terminar el curso y volvió a repetir el curso para practicar más. Se lo contó a su padre. Al contrario de las clases estrictas y reglamentadas en el colegio ahora estudiaba por libre y era como un juego. Así no era extraño que aprendiera fácilmente y con resultados rápidos.

También le contó a Laurette sobre sus progresos y en sus mensajes escribía alguna que



otra frase en inglés. Estaba particularmente orgulloso cuando Laurette le aseguraba que, si seguía así, pronto podría hablar el inglés mejor que ella. Esto le motivó incluso más y se alegraba mucho porque su segunda madre en Lyon estaba contento con él.

De vez en cuando Richard le mandaba enlaces de Internet de dónde podía bajar programas gratuitos y no tardó mucho tiempo hasta que Amadou encontrara un programa de inglés avanzando lo que le ocuparía las próximas semanas y meses. Cada día aprendía más palabras e intentaba leer textos ingleses que tuviesen algo que ver con mangos.

Mientras que recibía el reconocimiento de muchas personas de su alrededor por su ambición de aprender una lengua sin ayuda de otros, Mahamadou nunca le decía nada. En una ocasión que estaban sentados juntos bajo el árbol de mango y Amadou le leía un texto en inglés a su abuelo le preguntó sobre su pronunciación de las palabras.

Preguntado tan directamente por su opinión Mahamadou no podía ni quería retener más sus pensamientos. – No deberemos olvidarnos de nuestra propia lengua. Ya es bastante malo que

tengamos que aprender el francés por ser lengua oficial en Burkina Faso y en el Malí. En este país somos tan ricos en lenguas. En mi familia hablamos Mossi y la abuela habla Fulfulde. Son estas lenguas que deberías aprender también. –

– Pero estas lenguas también son barreras, tienen un vocabulario limitado – respondió Amadou y añadió – ¿Quién podría escribir textos sobre mangos en Mossi o Fulfulde, de dónde podríamos sacar las palabras necesarias?, el vocabulario de estas lenguas locales no sirve para describir los nuevos desarrollos técnicos globales. Una lengua común es necesaria para comunicarse a nivel internacional y para encontrar los puntos que tenemos en común. –

Nicodeme había seguido parte de la conversación con interés, y se sentó con los dos para darle apoyo a Amadou. – A mí me parece muy bien que aprendas la lengua inglesa. Pero no te olvides de tu propia cultura, ella es parte de tu identidad. –

Amadou no entendía realmente lo que quería decir su padre. ¿Qué sería tan importante de su cultura? Sin embargo y para evitar discusiones no contradecía a su padre. Su abuela había

escuchado a los tres y más tarde le alabó por su esfuerzo. – Respecto a esto no escuches a tu abuelo – dijo. – Él está fuera de órbita como suelen decir algunas personas. Yo por mi parte ya he conocido a muchos turistas que no sabían hablar francés. Y no podía negociar con ellos porque no entendía lo que me decían en inglés. Pero tú podrías ser mi traductor en el mercado, me harías muy feliz. –

– Y muy rica – bromeó Amadou. Imaginarse la situación les divertía mucho a los dos. Hasta unos días más tarde Amadou no se dio cuenta de qué importante habían sido aquellas palabras de su abuela. Con ello tanto Fatoumata como Laurette, sus madres adoptivas, eran capaces de darle el reconocimiento que su madre física por su muerte temprana nunca había podido darle. Así seguía estudiando de forma más constante aún, leía incluso más textos ingleses sobre la variedad de mangos, aquél tema particularmente le motivaba. Le fascinaba mucho que incluso científicos se ocuparan de la reproducción de mangos y que los mangos tuviesen un significado económico. Leía también que se podían preparar todo tipo de platos con mangos, especialmente postres, fascinándolo

aun más y se puso a probar algunas recetas con su abuela.

Fatoumata estaba constantemente en contacto con su gran familia que por lo general encontraba en el mercado. Allí cambiaba artículos de uso corriente por leche, dado que muchos miembros de la familia tenían ganado pero les hacía falta otras cosas. En la ciudad encontraba a gente que compraba leche y lo que no podía vender traía a casa. Mientras que a Nicodeme y a Amadou les gustaban la leche y todos los productos lecheros y Fatoumata consideraba la leche agua divina, mientras que Mahamadou lo negaba.

Amadou quien no dejaba de buscar el reconocimiento por su abuelo desarrolló la ambición de combinar sus recetas de mango que encontraba en internet con las de su abuela. A pesar de que nunca le había entusiasmado mucho por la cocina y la consideraba una actividad atípica por un muchacho, ahora se encontraba más a menudo cerca de Fatoumata para aprender de ella como cocinar. Fatoumata también tenía curiosidad por saber lo que Amadou encontraba en internet acerca de la preparación de platos con leche y mango. Los dos experimentaban con muchas

recetas y no se desanimaron nunca, ni cuando sus platos tenían un sabor un poco raro. Juntos iban perfeccionando las recetas, y pronto encontrarían sus postres favoritos.

El abuelo seguía rechazando aquellos postres pequeños. Al final Amadou añadió más mango que leche utilizando mango dulce o azúcar de caña. De esta manera era capaz de motivar a Mahamadou a probar el postre.

– Si no hay otra cosa, se puede comer. Comería más si me muriera de hambre – comentaba fríamente.

Aunque Mahamadou prefería otros platos Amadou observaba durante las semanas siguientes que su abuelo comía cada vez más del postre. Se conformaba con esto como no podía esperar más de su abuelo.

En los mensajes diarios que le escribía a Laurette relataba brevemente sobre su experiencias y sobre las informaciones que encontraba en internet. Le informaba de que los mangos pertenecían a la familia de la mangifera y que en los trópicos el mango era un típico árbol frutal. En la India el mango se cultivaba desde hacia mucho

tiempo y desde allí llegaba a otros países y continentes.

Amadou no podía imaginarse que en Lyon no crecían mangos. – Aquí tenemos inviernos con mucho frío. – escribía Laurette – El mango no aguanta las heladas. Sin embargo, podemos dejar los mangos en invernaderos caldeados, y en primavera podemos plantarlos al aire libre. Por lo demás Lyon sería un buen lugar para mangos como hay bastante agua, llueve más a menudo y de vez en cuando también llueve en el verano. –

Amadou no podía imaginarse tampoco como sería si hubiera lluvia durante todo el año. Lo desearía también para Gorom-Gorom. En internet aprendía que los árboles de mango no aguantaban la lluvia durante la floración y la formación de fruto y que solamente se podían cosechar pocos frutos de ellos, aunque anteriormente los árboles hubieran florecido magníficamente.

Existen millares de diferentes tipos de mangos. En internet Amadou encontraba muchas imágenes de los diferentes tipos de mangos, especialmente de los frutos, pero ningún fruto se parecía al mango de su abuelo. El mango de Mahamadou sólo daba unos pocos frutos pequeños

y verdes que luego se hacían azules. Algunos de los frutos permanecían verdes, otros desarrollaban un intenso color rojizo-azulado.

Una y otra vez se preguntaba cómo aquel árbol de mango había llegado al valle. Por internet sabía que el mango no era un árbol agresivo e invasivo, pero que podía extenderse en la selva. En el caso de que animales llevaran los frutos y las semillas consigo, el árbol incluso podría crecer muy lejos de las urbanizaciones.

¿Por qué es este mango tan diferente a otros mangos? Amadou examinaba las semillas de mangos recogiéndolas de diferentes plantas. En los núcleos se encontraban semillas de diferentes aspectos. Investigaba en internet y así aprendía que algunos núcleos contenían semillas monoembrionales. Las semillas monoembrionales sólo llevaban un embrión genéticamente distinto al árbol parental. También leía que había semillas poliembrionales, que contenían muchos embriones, de los que sólo uno era genéticamente distinto a la planta parental.

Así clasificaba las semillas de mango que había coleccionado le contaba a Mahamadou, Nicodeme y Fatoumata sobre sus averiguaciones.

También llevaba las semillas al colegio, pero su entusiasmo no era compartido por sus compañeros, sin embargo, parecía impresionar a algunos profesores. Las semillas del mango de Mahamadou eran muy diferentes, eran pequeñas con los embriones marchitados. Mientras que los otros embriones pronto empezaban a brotar nada más plantados en tierra húmeda, los embriones del mango de Mahamadou no cambiaban y pronto se morirían en la tierra.

La conexión de internet no siempre era buena, a menudo había interrupciones y Amadou tardaba mucho para reestablecer la conexión de nuevo.

– Esto se resolverá muy pronto –le aseguraba Richard.

– En todas partes del mundo la red se hace cada vez más estable. Pronto instalarán cables fibroópticos también en Burkina Faso para conectar mejor los países africanos y entonces podrás navegar por la red cuando te apetezca. Por ahora, sin embargo, te recomiendo que aproveches las ocasiones en las que tengas buena conexión y descargues los datos para guardarlos en tu



ordenador. Así podrás leer las informaciones sin conexión a la red. –

A menudo Richard parecía olvidar que Amadou todavía era muy joven y no tenía mucha experiencia con asuntos técnicos. No tardó mucho en llenar la tarjeta de memoria y Amadou regularmente tenía que borrar datos. A veces esto le costaba mucho ya que todos los textos le parecían importantes. Además, Nicodeme también guardaba algunos libros electrónicos. Así Amadou se sintió muy feliz cuando su padre le compró un lápiz de memoria USB así tenía memoria adicional para bajar la información que encontraba en internet.

En la página web de una organización benéfica leyó que los árboles de mangos podían resguardar el paisaje del viento y que las plantaciones de mangos en la zona sahel podrían incluso parar la desertización.

– Mediante la plantación de árboles de mango en tierras pocas fértiles podemos evitar la erosión del suelo – le comentó a su padre.

– Pero los mangos también necesitan riego. No basta con sólo plantarlos en el desierto. Si la tierra es demasiado seca los mangos no sobrevivirán el verano – explicó Nicodeme.

– Bueno, pero a lo mejor sirve el mango de Mahamadou – se apresuró a decir Amadou.

– No creo – respondió Nicodeme sin rodeos. – Aunque Mahamadou lo riegue todos los días, la planta tiene muy mal aspecto. –

– Bajo ciertas condiciones solamente los mangos sirven de resguardo del viento – Nicodeme siguió explicándole. Recientemente había discutido el asunto con sus compañeros de trabajo en el colegio. – La corona densa de hojas apenas deja pasar el viento. Esto crea turbulencias alrededor del árbol que levantan el suelo fértil y se lo llevan. Además, los árboles pueden dañarse por tempestades. –

– Pero el mango de Mahamadou es diferente, tiene un entramado de hojas traslúcido y no crece en altura, además, las plantas que están espuestas al viento no llevan tantos frutos. – supo decir Amadou. Pero no le importaba mucho como los frutos del mango no parecían ser comestibles para los hombres, a lo mejor lo podían ser para animales.

– Se pueden utilizar las hojas frescas para alimentar el ganado si regularmente se podan las

ramas. Así incluso quedaría suficiente leña para el horno. —

Aquellos argumentos le impresionaron a Nicodeme. En este momento comprendió que como profesor ni él ni sus compañeros eran capaces de adquirir conocimientos tan profundos en el colegio como los que Amadou podía encontrar en internet dentro de poco tiempo. Por un lado estaba muy orgulloso de su hijo, por otro lado le espantaba con qué velocidad una persona podía multiplicar sus conocimientos haciendo uso de las nuevas tecnologías.

# Huída

Pasaron varias semanas hasta que Mahamadou estuvo nuevamente dispuesto a hablar con Amadou acerca de su pasado.

– ¿Dónde me quedé, contándote mi historia? – quiso saber cuando se sentaba con Amadou bajo el árbol de mango.

– Me has contado que los hombres del pueblo te metían en una cabaña de cereales. Al día siguiente quisieron juzgarte. –

– Es cierto. Enfrente de la cabaña se quedaron algunos jóvenes del pueblo para vigilarme. Como les conocía bien les pedí que me dejaran libre. Pero me reprochaban que fuera un asesino y un brujo y que el día siguiente pagaría por lo que había hecho.

Más tarde abrieron la puerta de la cabaña y dejaron entrar a mi madre y a un vigilante. Aunque ella no era mi madre física, su corazón estaba lleno de amor por mí. Se acercó a mí y me encogió en brazos. –

Mahamadou bajaba la voz, dejaba de hablar y rompió a llorar. Tardó algunos minutos en calmarse. Era la primera vez que Amadou veía a su abuelo llorar y las lágrimas le afectaron de tan manera, que lloraron los dos juntos.

– Mi madre me acariciaba suave y cariñosamente. Entonces me dijo con voz triste que seguramente yo no la había envenenado a Urbí intencionadamente. Muchas veces le aseguré que le había dado las mismas hierbas que solía recoger para el chamán, especialmente cuando éste quería ayudar a la gente del pueblo que se sentía enferma y triste. “Mamá, créeme, yo no he envenenado a Urbí.” le repetía. Ella asintió con la cabeza y luego miró al suelo. “Mamá, qué han hecho los hombres mayores del pueblo con Urbí, por qué venía a verle el funcionario tan a menudo?” El vigilante que estaba presente y nos escuchaba parecía avergonzarse de lo oído porque salió de la cabaña rápidamente. Así me quedé a solas con mi madre.

– ¿Y qué te respondió tu madre? ¿Que habían hecho estos hombres con Urbí? – Quiso saber Amadou. Las palabras de su abuelo le conmovían mucho.

– Pues, ella sólo bajó la cabeza y no dijo ni una sola palabra. En vez de darme una respuesta me abrazó, me apretó firmemente contra su pecho y me susurró al oído. “Mahamadou, si tienes la ocasión de escaparte hazlo, corre. Intenta cruzar el Níger. Por la mañana corre con el sol a tu izquierda, descansa a mediodía y luego sigue corriendo en dirección del sol poniente.” –

– ¿Esto es todo lo que te dijo? –

– Pero Mamá – le volví a asegurar – yo no he hecho nada, soy inocente. Pero ella me dijo al oído con voz determinante: “Nunca vuelvas más aquí, ¿me oyes? Nunca vuelvas más, ni en cien años, escúchame bien, por favor, nunca vuelvas más, te matarán.” –

De nuevo Mahamadou se calló. Esta vez Amadou le dejó tranquilo y se quedó quieto hasta que volvió a hablar.

– Luego sacó una machete que había escondido debajo de su ropa y la puso por debajo de una manta de paya que se encontraba cerca de la entrada. Por la escasa luz que entraba por la cortina podía ver bien el escondite. Luego añadió silenciosamente: “Con el machete haces un agujero en la pared de barro allí detrás y te diriges al sitio en

el río donde normalmente vas a nadar. Allí en un arbusto he escondido un viejo barco para tí, lo encontrarás detrás de la roca.” Me volvió a coger en brazos firmemente, y sin decir palabra alguna se fue hacia la salida de la cabaña, abrió la cortina y salió fuera bajo las miradas inquisidoras de los hombres de guardia. Aquella fue la última vez que vi a mi madre y nunca olvidaré su cara y su amor estará siempre en mi corazón. –

Un silencio se hizo eterno entre los dos hasta que Amadou finalmente se atrevió a preguntar a su abuelo

– ¿Que pasó luego? –

– Los vigilantes otra vez entraron en la cabaña e iluminaron el interior como si intuyeran que mi madre me hubiera traído algo. Como no encontraron nada, volvieron a salir, cerraron la entrada con cortina y con palo de madera. –

– Entonces, ¿cómo pudiste salir de la cabaña? – Amadou tartamudeó, el relato le daba mucha lástima.

– Con cuidado me puse a buscar el escondite del machete dentro de la cabaña a oscuras y al encontrarla me puse a hacer un agujero

en la pared. Tardé muchas horas porque siempre que oía algún ruido que me hizo parar. A lo largo de la noche el poblado se quedaba más tranquilo y conseguí hacer un agujero pequeño para poder asomar la cabeza. No veía nada ni nadie, la noche era muy oscuro. Las guardias estaban reunidos alrededor de un fuego pequeño al otro lado de la cabaña, en la entrada. El fuego sólo daba poca luz. En el lado donde había hecho el agujero la noche era tan oscura como boca de lobo. –

– ¿Así pudiste huir rápidamente? –se apresuró a preguntar Amadou. Estaba muy impaciente.

– No, no tan rápidamente. Tuve que agrandar el agujero poco a poco. Al amanecer empecé trabajar más rápido. En cuanto el agujero fue lo suficientemente grande me introdujé dentro de él y huí de allí tan rápido como pude. Estaba familiarizado con la oscuridad, me gustaba, a contrario que mucha gente del pueblo no tenía miedo a los espíritus. ¡No conozco espíritus malos, sólo conozco espíritus buenos! – dijo muy convencido Mahamadou, sonriendo como siempre.

– Pronto encontré el viejo barco en el lugar cerca del Níger que mi madre me había indicado.



Lo conocía, ya que desde hace un tiempo se encontraba allí sin usar, estaba muy dañado. Mi madre lo había reparado de forma provisional con piel de cabra y resina. A poco de salir remando al río el agua entró en el barco. –

– Es increíble que hayas podido huir sin que te descubrieran –dijo Amadou lleno de admiración .

– Pero creo que no tardaron mucho en descubrir mi huída. Después de unos pocos minutos en el barco ya escuchaba gritos que provenían del pueblo. Se habían dado cuenta de mi huida y podía ver a algunas personas que corrían hacia la orilla llevando antorchas. Entonces yo había alcanzado la mitas del río y tan sólo unos cien metros me separaban del pueblo. La corriente arrastraba el barco y lo alejaba del pueblo hasta que ya no podía ver más antorchas ni oír más gritos. –

– Pero el barco se iba llenando de agua, ¿verdad? –

– El barco se llenaba de agua. Ya estaba practicamente sentado en el agua cuando decidí nadar como sólo faltaban unos metros hasta la orilla. Al salir el sol podía ver la orilla donde descansaba sólo unos pocos minutos porque estaba

seguro de que la gente del pueblo ya estuvieran perseguiéndome en barco. Como me había dicho mi madre corría algunas horas con el sol a mi izquierda, a mediodía descansaba antes de seguir hacía la puesta del sol. Seguía así hasta llegar a un sitio cerca de Tin-Hama donde encontré un escondite. —

— No conozco Tin-Hama — objetó Amadou tímidamente, quería que su abuelo le contara más.

— El lugar está en el sudoeste de Ansongo. Allá me escondí, ya que tenía mucha hambre. Cogía verduras de los campos para comer. Por desgracia el segundo día me pillaron. Cuando les conté que huía de una acusación injusta y que me gustaría mucho ayudar en el campo me dieron de comer y trabajé para ellos durante unos días. —

— ¿Por qué no te quedaste allí?«

— Habrían pasado unos ocho días cuando observé a tres hombres de mi pueblo, entre ellos el chamán, que andaban de cabaña a cabaña. Entonces me escapé rápidamente sin perder más tiempo, primero hacia Bakal, luego casi hasta la población de Tessit. Pero los perseguidores me pisaron los talones. Un Tuareg me recomendó no

seguir mi camino hacia Tessit y continuar hacia el sur. Me dió agua y algo de comida. –

– Te quitaste a esta gente de encima. –  
Amadou dió gritos de alegría anticipándose.

– Por desgracia no. Quizá podrían haber encontrado mis huellas en la arena y me hubieran seguido, no lo sé. –

Mahamadou interrumpió la narración, como Fatoumata entraba en el jardín y trabajaba en el huerto que se encontraba cerca del árbol de mango. Muy a menudo solía recoger judías por la tarde para preparar la cena.

## Injerto de hendidura

Se pueden polinizar mangos artificialmente. Sin embargo, este método es muy difícil, dado que un mango lleva muchas flores, de las cuales sólo pocas desarrollan frutos. Esto quiere decir que habrá que polinizar aproximadamente mil flores para recibir un solo fruto. En caso del árbol de mango de Mahamadou incluso serían hasta 10.000 flores que habría que polinizar para tener la oportunidad que se formara un solo fruto. Y así todavía no sería seguro si los embriones de las semillas fuesen genéticamente idénticos al mango del abuelo o si se hubiera producido una mezcla genética por un polen ajeno. Sin embargo, así podría al menos llevar parte de la información genética a la fruta y así a la semilla que posiblemente germine.

En internet Amadou encontraba manuales sobre técnicas del injerto de mangos. Estaba fascinado por la idea de utilizar un mango como base, un árbol que tuviese buenas raíces y una buena forma de tronco, para poder eficientemente sacar humedad de suelos secos y realizar un injerto que aportase muchos frutos sabrosos.

Amadou estaba completamente entusiasmado por esta idea y se la contaba a todas las personas en su alrededor, independientemente de su interés por el asunto. También Nicodeme hablaba con la gente en el colegio de los planes de Amadou.

Uno de sus compañeros tenía un familiar que sabía de estas técnicas de injerto. Nicodeme le pidió la dirección y al día siguiente el compañero le dio número de teléfono de un tal Dani Zongo.

Nicodeme le llamó a Dani en seguida y le contó de su hijo y de sus planes de injertar mangos y le preguntó cómo tendría que proceder.

Dani Zongo era un hombre muy solicitado. – Pues, estoy convencido – dijo – de que su hijo no será capaz de aprender las prácticas de injerto sólo a través de conocimientos básicos teóricos. Sin embargo, podría estudiar estas técnicas con mi ayuda. Será muy bienvenido en mi casa cuando quiera. –

Nicodeme aceptó la oferta agradecido. – Pronto tendremos vacaciones, y entonces nos marcharemos a Dori. –

Hacía años Nicodeme se había comprado una motocicleta pequeña que ya era vieja y que tenía que ser reparada.

– Si me ayudas a reparar la motocicleta vamos juntos a Dori – le dijo a su hijo. Anteriormente, le había informado de la conversación con Dani Zongo.

Durante los días siguientes Amadou trabajaba más con la motocicleta que con el ordenador. Por fin, llegó en el tercer día de vacaciones y su padre y él se despidieron de Mahamadou y de Fatoumata y se pusieron en marcha hacia Dori.

– Me habría gustado mucho acompañaros a Dori – la abuela lamentó – Dori ha sido el centro del emirato de los fulanis llamado Liptako y por eso tiene una gran importancia para mí, además gran parte de mi familia vive en Dori y sus alrededores. En el pasado he viajado mucho a Dori. –

Así, Fatoumata les pidió a Amadou y Nicodeme que visitaran a algunos parientes durante su viaje. Los dos explicaron en seguida que no les quedaría mucho tiempo para hacer muchas visitas.

Sólo pocas veces Amadou había estado fuera de Gorom-Gorom, el viaje en el asiento trasero de la moto era una gran aventura para él y disfrutó mucho al viajar con su padre por las calles y pistas.

– Burkina Faso está cambiando – su padre le explicó mientras que conducía despacio. – El tráfico está aumentando, cada día hay más motocicletas, automóviles y camiones. La época moderna está llegando, pero también me gusta ver el Burkina Faso tradicional. –

Pasaron por un grupo de personas que montaban en burros. Las mujeres con vestidos de colores vivos estaban viajando en burros con sus hijos y mucho equipaje y se movían despacio y tranquilamente en el borde de la calle. A Nicodeme le gustaba mucho observarles pero cuando un coche o un camión les adelantaba y se acercaba mucho a la moto Nicodeme se quejaba con muchas palabras.

Pero también habían partes del viaje cuando no les molestaba el tráfico que disfrutaban mucho mientras ellos podían contemplar manadas de dromedarios, cabras y rebaños de vacunos con

cuernos largos que estaban custodiados de pastores que pacían cerca de la calle.

Tardaron más de dos horas – descanso incluido – hasta llegar a Dori, en algunos momentos tuvieron que preguntar por la casa de Dani Zongo.

Dani era un señor mayor, vestido como muchos fulanis y llevaba un sombrero notable en su cabeza que le protegía del sol.

Primero se sentaron a la sombra y se presentaron el uno al otro. Nicodeme tenía mucho curiosidad por saber cómo Dani había aprendido dichas técnicas de injerto.

– Hace ya muchos años trabajaba para un proyecto de una organización humanitaria en Ouagadougou. El objetivo de dicho proyecto era el aumento de cosechas por el injerto de árboles frutales. Los responsables del proyecto estaban especialmente interesados en injertar tipos de fruta muy productivos en portainjertos vegetales que respetasen los tipos de tierra y el agua disponibles. Esto es particularmente importante la zona Sahel – explicó Dani con entusiasmo apasionante.



– Si no actuamos la desertificación avanzará y pronto sólo nos quedará el desierto, sobre todo si el cambio climático conduce a un aumento de la temperatura mundial. – añadió Amadou.

Con asombro Dani se dirigió a Amadou. – Pues sí, si hablas de la formación de desiertos y del aumento del anhídrido carbónico en la atmósfera por el gasto de productos de crudo, sí tienes razón. Eres un muchacho muy listo, chicos como tú nos hacen falta en este país. Necesitamos gente que está dispuesta a luchar por lo bueno, no uno contra otro, sino en común contra el desierto. –

– ¿Qué pasó con el proyecto? – quiso saber Nicodeme.

– Durante varios años, el proyecto recibía dinero de una organización humanitaria para ser financiado después por el gobierno. Teníamos préstamos del extranjero y en un principio incluso podíamos presentar resultados. Pero luego nos dijeron que no quedaba dinero, declararon terminado el proyecto y disolvieron nuestro grupo. –

– ¿Por qué? – preguntó desconcertado Nicodeme. – ¿Por qué terminaron el proyecto? Y

esto a pesar de los préstamos del extranjero. –

– Es muy probable que algunos se quedaran con parte del dinero. Nuestras autoridades responsables luchaban contra la corrupción, un mal no sólo en nuestro país. – dijo Dani con un cabeceo y miraba hacia el suelo. – En realidad vivimos en Burkina Faso, que quiere decir en el país de la gente insobornable e íntegra. Sin embargo, aquí también tenemos corrupción y mala gestión. Pero igual, por entonces aprendí mucho y estoy muy agradecido. Cuando al final nos despedieron a los cuatro que quedábamos sin pagarnos por el trabajo nos dijeron que podíamos llevarnos lo que quedaba del proyecto. Dado que mis compañeros eran de Quagadougou se llevaron los árboles injertados para venderlos. Yo en cambio quería volver a Dori y sólo me quedé con cosas que podía transportar, entre ellas los aparatos y las semillas para los portainjertos. –

– ¿Los portainjertos? –preguntó Nicodeme desconcertado.

– Portainjertos son tipos de árboles frutales, a veces salvajes, que cultivamos de semillas y en los cuales injertamos las ramas de la planta deseada. –

Diciendo esto les señaló unos árboles muy parecidos en su jardín, cada uno de un metro de altura aproximadamente, plantados muy cerca uno al otro.

– Esto funciona también con el árbol del mango. Incluso tengo un arbol que lleva hasta seis tipos de ramas – explicó Dani lleno de orgullo. – No sólo tienen sabores diferentes sino también maduran de manera diferente, así tengo varias cosechas de un solo árbol. –

Amadou le miraba con toda admiración y se dirigió en seguida hacia los mangos. Al instante fue capaz de distinguir los varios tipos de mango por las hojas diferentes.

– ¿Es posible que regresemos a casa hoy mismo? – quiso saber Nicodeme y con esto dió a entender que Dani debería enseñarle la técnica a Amadou rápidamente.

– Sería mejor que os quedaséis uno o dos días. Con mi ayuda Amadou podrá aprender la técnica rapidamente, sólo necesitaremos unas horas. Sin embargo, para dominar la técnica necesitará más tiempo, requiere práctica y una cierta habilidad. Si queréis, podéis quedaros en mi casa. Os invito a mi cabaña y os doy la bienvenida

en mi casa. – explico Dani y Nicodeme aceptó con mucho gusto.

– No es muy frecuente injertar los árboles de mango, pero no es muy complicado. Te lo explicaré con mucho gusto y si así puedo contribuir al desarrollo de esta región y a ingresos adicionales de los campesinos, mejor – explicó Dani.

– ¿Un mango injertado lleva más frutos? – preguntó Nicodeme con cuidado.

– Un mango injertado sí es diferente a un mango natural. Las ramas laterales de estas plantas se desarrollan más deprisa y más fuertes. Cuánto más bajo la rama es puesta en el tronco del portainjerto tanto más ramas habrá que pueden ser cosechadas. –

– ¿Qué altura tendrá el árbol? –preguntó Amadou con curiosidad.

– Los árboles injertados tienen menos altura. Sin embargo, también tienen ventajas, sobre todo durante la cosecha. Si pongo más de un tipo de planta en un sólo portainjerto el árbol tendrá menos altura aún y la copa del árbol es más pequeña. Así es posible plantar más árboles por metro cuadrado, hay menos problemas con la

cosecha o la limpieza y hay más frutos por metro cuadrado. Como portainjertos estoy utilizando mangos salvajes, unos que he traído del proyecto de Quagadougou y otros que crecían bien cerca de Burkina Faso. Puedes empezar con estos portainjertos y deja crecer uno de ellos tranquilamente sin injertarlo, así podrás ver si el portainjerto crece bien en este suelo y clima. –

Dani se fue a buscar algunos portainjertos de su jardín, los señalaba a Amadou y Nicodeme y explicó

– A largo plazo, yo elegiría un portainjerto apropiado que crezca bien en este suelo y cuyo corteza y tronco no sea muy propenso a las enfermedades vegetales y la afección parasitaria, y que sea una planta que aguante la sequía. Luego tienes que multiplicar las semillas de los portainjertos ideales para luego tener centenares, como yo, en los cuales podrás cultivar las plantas. –

– ¿Cuánto tiempo tengo que esperar después de la germinación hasta poder usar la planta como portainjerto? – quería saber Amadou.

– Estos Mangos crecen rápidamente. Ya a los diez meses puedes recibir plantas con un diámetro del tronco de cerca de un centímetro y de

40 centímetros de altura por lo menos, y así las puedes usar como portainjertos. Pero es importante que la semilla del mango se quede a la sombra, dado que la luz solar directa tiene un efecto negativo. –

– Ahora elegimos injertos – anunció Dani.  
– Primero tenemos que escoger el árbol del que tomarlo. Después, buscamos madera joven en las puntas de las ramas, ramas que están a punto de desarrollar madera. Os enseño dos métodos que he podido aplicar con éxito, son el injerto de hendidura y el injerto de yema. Hay muchos métodos más – y volviéndose a Amadou dijo.

– Estoy seguro de que conocerás muchos métodos más de los que has leído en internet, mis métodos sin embargo funcionan fenomenalmente. El primer método mencionado también llaman el injerto de hendidura en forma de V, o el V-grafting.

Dani encendió una vela pequeña y siguió explicando.

– Asegúrate de que el cuchillo esté bien afilado. Antes de utilizarlo lo suelo pasar por el fuego algunas veces para que la hoja se esterilice y las esporas y bacterias se eliminen por la llama y el calor. Cuanto más afilado sea el cuchillo tanto más

precisos serán los cortes. Si consigues que las superficies de corte del portainjerto y del injerto se ajusten bien, dentro de poco se unificarán. Aplicando el método del injerto de hendidura se corta el tronco aproximadamente cinco centímetros por encima del suelo para luego hacer en la parte superior una hendidura en forma de cuña. Luego se escogen unas púas que tengan varias yemas y que puede medir más de diez centímetros de largo. Se las cortan por la parte inferior también en forma de cuña para que encaje en la hendidura. Es muy importante que coloques bien las capas de crecimiento, las cámbium, una por encima de otra, ya que el agua y las sustancias nutritivas tendrán que llegar al injerto por las raíces y el tronco todavía corto. –

Con el cuchillo Dani le demostró a Amadou el cámbium en la corteza y Amadou colocó las púas en la hendidura.

– Así está bien – le dijo Dani. – Ahora ligamos esta parte con una cinta especial de injerto.

–

Sacó un pedacito de cinta, envolvió la parte algunas veces, la fijó con un nudo fuerte y lo cubrió con cera. Cortó los extremos sobresalientes con el

cuchillo y quitó gran parte de las hojas para reducir – como decía – la evaporación.

– Y ahora prepara diez de estas plantas y veremos si te salen bien – le dijo a Amadou que enseguida se puso a trabajar. Nicodeme le estaba mirando por encima del hombro. Dani estaba muy contento con el trabajo de Amadou, pasaron muchas horas juntos delante de la casa de Dani, se les hizo tarde y se fueron dentro a dormir.



## Injerto de yema

Al día siguiente Dani explicó la segunda técnica, el injerto de yema. – Los especialistas también dicen injerto escudete o injerto inglés. Para este injerto también podemos utilizar ramas muy jóvenes como para el injerto de hendidura. Por favor, tráeme unos portainjertos de un tamaño de 25 centímetros aproximadamente – le encargó a Amadou que de inmediato se marchó con una regla para buscar las plantas correspondientes.

– Vamos a tomar unas ramas de aquel árbol que esta allá, en el pasado este árbol se ha mostrado como muy robusto y además da muy buenos frutos.

Amadou corrió hacia el árbol para buscar algunas ramas, cortó 50 centímetros del extremo de la rama siempre que podía ver un renuevo reciente. Luego Dani cortó el tronco del portainjerto en forma de T, entonces cogió una de las ramas y sacó una sección rectangular de la zona de la yema.

– Ahora colocamos la rama bajo la corteza del portainjerto. – Le dijo mientras iba levantando la corteza cortado un poco con el cuchillo para

poner la rama debajo. – Y aquí también aplicamos la cinta de amarre, por debajo de la yema, por encima y otra vez por debajo. Ahora la anuda bien y el injerto escudete está listo. Si tienes talento, puedes producir unos centenares al día, sin embargo, requiere mucha práctica. –

Ahora le tocaba a Amadou. Tardó más de quince minutos para realizar el primer injerto de yema y le cansaba mucho porque tenía que concentrarse mucho en los cortes precisos.

– ¡Hoy deberíamos marcharnos! – Nicodeme pidió con insistencia.

Dani tenía otra opinión. – Ahora tu hijo conoce ambas técnicas, aprende deprisa como tiene talento. Debería quedarse unos días más para practicar, se sabe que práctica hace al maestro. A Mi ya me cuesta hacer tantos injertos en un día. Si Amadou se quedase dos días más, también podría quitarme mucho trabajo. –

A Amadou esto le parecía maravilloso y como profesor Nicodeme sólo podía dar por bueno estos días de ejercicio. – Ahora puedo ir a ver a nuestra familia en Dori porque no hace falta que me quede aquí con Amadou, el injerto de plantas no es para mí – explicó.

Así se quedaron con Dani dos noches más. Amadou no sólo aprendía a injertar mangos, sino también todo lo que le encargaba Dani. No tardaba mucho hasta poder llevar a cabo un injerto de henididura en pocos minutos y no llegaba a un minuto hasta realizar un injerto de yema.

El último día querían emprender el regreso antes de la puesta del sol. Pero antes Amadou tenía que aprender injertos especiales. Trataban de colocar plantas diversas en algunos mangos y otras plantas frutales. Estaban trabajando en ello otras dos horas.

– Te puedes llevar todos ellos – dijo Dani a Amadou. – No estoy seguro, pero si coges todos los tipos de fruta y todos los injertos llegan bien, transportarás más de 250 especies a Gorom-Gorom. Una y otra vez podrás tomar de ellos injertos y así montar un negocio. Tendrás aproximadamente 30 tipos de mangos. Intenta averiguar si entre ellos se encuentra un árbol que se parezca al mango de tu abuelo. Unos de ellos tienen frutos y hojas que son muy diferentes a los mangos de exportación. –

Nicodeme y Amadou se deslumbraron por el regalo.

– Si me prometes seguir injertando mangos, y si tratas de encontrar el mango ideal para la zona Sahel, te doy este cuchillo de injerto de regalo – dijo Dani y le dió a Amadou una pequeña caja con el cuchillo y una cinta de injerto.

Amadou estaba tan loco de alegría sobre el cuchillo con mango de madera oscura que le recorrían las lágrimas por las mejillas. Hizo promesa de trabajar con cuidado y de afilar el chuchillo regularmente.

Nicodeme quería darle a Dani dinero por el cuchillo, pero Dani lo rechazó. – Por entonces también era muy feliz que la gente de la organización humanitaria tuvieran tanta paciencia conmigo y me enseñaran las técnicas. Saqué mucho provecho aunque el proyecto al final fracasó. Y ahora que paso mis conocimientos y herramientas a Amadou, la idea del proyecto sigue viva. Quizá será Amadou que ayude reducir la extensión del desierto por el injerto de árboles que alimenten hombres y animales. Y quizá un día voy a Gorom-Gorom a ver como crece un mango que procede de un árbol injertado por Amadou. –

Amadou se alegró mucho y Nicodeme con él. Ahora tenían que empaquetar las plantas

injertadas en bolsas de plástico húmedas para fijarlas en el portaequipajes de la moto. La despedida de Dani duraba minutos, les costaba mucho separarse de él porque durante su estancia se habían hecho amigos. Al final Nicodeme y Amadou montaron en la moto y se marcharon

¡Qué aventura, qué viaje! Durante una pausa, cuando se compraban algo de beber, Amadou le daba las gracias a su padre por haber invertido el tiempo y dinero para atender su deseo.

– Hemos tenido mucha suerte de conocer a Dani – dijo su padre cuando volvían a subir en la motocicleta.

A la izquierda y la derecha de la pista podían ver suelos que habían dejado sin hierba por el ganado.

– Si dejan pastar más el ganado los pastores contribuyen a la destrucción del medio ambiente y se quitan la base de su vida. – pensó Amadou. – Algo hay que hacer. Yo tengo que hacer algo – murmuró y el viento se llevó los pensamientos.

## Caja estéril

**E**n la universidad Veerle coincidió con el profesor en cuyos seminarios había estudiado las técnicas de cultivos de tejidos. Le contó de su contacto con Amadou y de sus planes de apoyar al muchacho.

– Ya ha demostrado sus sinceras ambiciones por lo rápido que ha aprendido a injertar árboles frutales. Además, el hecho que se atreva a intercambiar mensajes contigo, demuestra sus intenciones. Y ahora aprende inglés para ser capaz de leer nuestros documentos. Parece tener una cabeza inteligente ¿qué edad tiene? – quiso saber el profesor.

– Acaba de cumplir quince años. –

– A decir verdad, una persona como él nos hace falta aquí. Alguno que otro estudiante de veinte años no demuestra tanta ambición como este niño. –

– Quizá un día podrá conseguir una beca para estudiar aquí. –

– A lo mejor sí, pero hasta que esté preparado para esto, los años pasan y pueden suceder muchas cosas. Es ahora cuando tendremos

que ayudarle – respondió el profesor. Estaba muy dispuesto a ayudarle.

– ¿Y cómo? – quiso saber Veerle. – No tiene ni laboratorio, ni cabina de flujo laminar ni esterilizador. Tampoco tiene los activos químicos necesarios, le falta el dinero y si lo tuviera no tiene la oportunidad de comprar lo que necesita. –

– Pensamos de un modo demasiado complicado – anotó el profesor – porque en nuestras universidades estamos acostumbrados a trabajar en laboratorios muy bien equipados. Me puedo imaginar que el chico sí tendrá una oportunidad, si bien pequeña, de cultivar plantas. Pienso que pueda ser un experimento excelente, para él, pero también para nosotros. Amadou mismo es nuestro experimento, él nos ayudará a averiguar que hay que hacer para realizar los cultivos bajo condiciones difíciles. Os ayudaré, nos sobran muchos reactivos y recipientes de plástico que le podemos enviar a Amadou. –

– Pero ¿cómo le ayudamos con la cámara de flujo laminar? – preguntó Veerle con cara de asombro.

– Él mismo tendrá que construir una caja estéril. Primero tendrá que revestir un esqueleto de

alambre de lámina. Tendrá que mantener estéril el interior utilizando desinfectantes. – explicó y le describió a Veerle cómo se imaginaba el resultado. Luego le dió la tarea de listar todas las cosas que Amadou necesitaría. Una semana después ya habían encontrado todo el material y lo empaquetaron. En el envío se hallaron reactivos, pinzas, hojas de afeitar, medio de cultivo de extracto de algas, el agar, soluciones de hormonas en placas de Petri, desinfectante, material de plástico y todo tipo de cositas.

– Podemos organizar el envío por la universidad – el profesor dijo – Por favor, escribe un mensaje a Amadou y explícale que recibirá un paquete dentro de una semana aproximadamente. –

Al final, el paquete tardó más de dos semanas hasta llegar a las manos de Amadou. Éste estaba muy impresionado por la variedad de reactivos y plásticos. En el instante se puso a construir una caja estéril. Primero formó un alambre en forma de túnel y lo cubrió de lámina transparente que había quedado como basura de un embalaje. En una parte dejó abierto la construcción, lo suficientemente grande para dar acceso al interior y para poder introducir sus manos.



También en la basura había encontrado un pulverizador que según el olor había sido un recipiente de perfume. Lo llenó de agua y etanol, de un tercio a dos tercios. Su abuela le había conseguido el alcohol. Con ayuda del pulverizador podía salpicar el interior de su construcción para matar esporas de hongos y bacterias. Debajo de la lámina había puesto una fuente pequeña que contenía una hoja de afeitar y una pinza del paquete de Veerle y del profesor.

De plantas selectas tomó hojas y brotes jóvenes, los puso dentro de una solución de hipoclorito, luego los pasó a una solución de alcohol dentro de un recipiente pequeño de vidrio, lo cerró con tapa y lo puso dentro de la caja estéril. De nuevo salpicó el interior con alcohol para mantenerlo limpio de esporas que posiblemente hubiesen entrado por el movimiento del aire, por sus manos o por el vidrio.

Dentro de la caja ahora estéril se puso a abrir el recipiente de vidrio, sacó las partes de la planta del desinfectante y las puso en la placa. Dentro de la placa de Petri las partió en pedazos pequeños y los colocó en el medio de cultivo que le habían mandado desde Wangingen. Cerró la placa

con tapa y la envolvió en lámina. Ahora le quedaba nada más que esperar. Cuatro días después podía contemplar el resultado. Desgraciadamente la placa de Petri se había cubierto de esporas.

Amadou no se podía explicarlo, mientras que Mahamadou enseguida presentó una respuesta. – Es el espíritu del mango. Te manda el hongo porque no quiere que clones mangos. –

Veerle tenía al corriente a su profesor de los trabajos de Amadou.

– No me extraña – comentó éste – si el primer intento ya saliese con éxito, cualquiera sería capaz de hacerlo. Ahora está obligado a luchar, y esto es nuestro verdadero experimento. Deberíamos discutirlo más en detalle durante el almuerzo en la salita de descanso. –

En la sala Veerle se encontró con una profesora de Boston que estaba de visita en Wageningen. Le contó la historia del mango de Amadou y de Mahamadou.

– Me parece muy interesante, quizá posee un árbol único. Podríamos descubrirlo por unas secuenciaciones de ADN. En los Estados Unidos el cultivo de mangos tiene bastante importancia

económica. Puede que este mango albergue una sorpresa y tengamos la oportunidad de ganar millones de dólares. – dijo para el la diversión de los presentes en el laboratorio. – El muchacho debe mandarnos unas pruebas del árbol, cuanto más mejor. –

Veerle mandó un mensaje a Amadou y le explicó lo que le pedía la profesora. Amadou entonces empezó a dudar ya que no entendía los planes de la profesora americana. Le preguntó a Veerle. – ¿Quiere ayudarme de verdad? Compartirá conmigo el éxito científico y económico o sólo se interesa por sí misma? –

– Si no estás completamente seguro no le mandes nada – contestó Veerle por escrito. – Tampoco le doy crédito a esta genetista. Se está fijando mucho en su carrera profesional. Tampoco estoy segura si nos quiera ayudar de verdad o si sólo está buscando una oportunidad para obtener una prueba de una planta extraordinaria. –

Amadou le pidió un consejo a su abuelo y le habló de la oferta de la genetista de Boston.

– De lejos no le puedes juzgar – le dijo con cuidado. – Es muy difícil ver el carácter de una persona sólo por unas pocas observaciones. Si ella

persigue sus objetivos egoístas, en general no tiene que ser negativo. Es importante cómo se comportaría cuando el proyecto resulte ser un éxito y si está dispuesta a compartirlo o si sólo le has servido para aumentar su reputación. –

Mahamadou se apoyaba cómodamente en el árbol y dirigía su vista al cielo. El entramado vegetal de un mango sólo solía dejar pasar poca luz. Esto no era el caso del mango de Mahamadou. En algunas partes contaba con una copa que protegía del sol y de la lluvia, otras partes eran escasas y de pocas hojas. Por esto la luz daba directamente a los ojos de Mahamadou. Se cubrió los ojos con la mano, pensaba un momento, miró a Amadou y dijo con mucha seguridad. – Podrás hacerlo, incluso sin la ayuda de la genetista, estoy seguro de ello. –

Por supuesto, el abuelo no era experto de cultivos de plantas ni de genética. Sin embargo, la firmeza de sus palabras le dieron confianza a Amadou. En seguida se puso otra vez a desinfectar material de varias plantas con alcoholes y con las soluciones desinfectantes del paquete, desinfectantes como se utilizan en hospitales.

– Lo más importante es que puedas trabajar en ambientes estériles – le había escrito Veerle y le

había explicado que sería indiferente qué tipo de plantas utilizaría. Le recomendó que se pusiera el objetivo de trabajar estéril. – Por favor, procede paso a paso – le había escrito en el último mensaje. Él debe proponerse trabajos estériles como meta parcial.

Pero los cultivos volvieron a cubrirse de esporas.

## La furia de Tamboura

**D**e nuevo pasaron unos días hasta Mahamadou y Amadou se sentaron juntos tranquilamente debajo del mango.

– ¿Abuelo, cómo pudiste liberarte de los hombres que te perseguían? – quiso saber Amadou.

– Fue muy difícil. Primero busqué un escondite en un valle. Desgraciadamente me encontraba en un camino sin salida, a la izquierda y a la derecha se levantaban paredes de rocas que no podía superar sin estar descubierto por los perseguidores. El valle era maravillosamente bello, de un color verde intenso, con muchos pájaros en el aire. – Así me había imaginado el paraíso – contó muy apasionado Mahamadou.

– Al principio intenté esconderme detrás de malezas, pero los hombres se iban acercando de tal manera que llenaban todo el ancho del valle para buscarme. Me moví de roca en roca e intenté a no dejar huella en la arena. El valle formaba una curva hacia la derecha. Me dí prisa, como en esta curva podía ponerme de pie y correr, sin que mis perseguidores me descubriesen. Corría y corría. De

repente la vegetación terminaba, no podía escuchar más pájaros gorjear y a los 100 metros el valle terminó de repente. Me veía a merced de mis perseguidores como no sabía por dónde salir. Me quedé en cuclillas detrás de una roca y me imaginaba ya en imágenes horrorosas qué harían conmigo al descubrirme.

Hacía mucho que no había bebido, estaba ya prácticamente deshidratado, se me iban nublando la vista y temí desmayarme. Desesperado estaba buscando una posibilidad de esconderme, pero al final del valle se levantaban las rocas por los tres lados. Desde la entrada al valle ya oía los hombres acercándose. El sudor me corría por frente a los ojos que empezaron a arder. En el momento que intenté quitarme el sudor salado de la frente, descubrí un árbol pequeño cerca de un muro de rocas y sólo pocos metros de donde me encontraba. Este árbol se encontraba en medio de un paisaje casi muerto, no llegaba a un metro de altura, tenía una forma extraña y sólo llevaba pocas hojas.

Mis ojos se fijaron en el árbol. Me parecía como si éste se moviera ligeramente y sentía que me quería decir algo. No con palabras, por

supuesto, pero me habló por sus movimientos aunque no había viento. Me puse a temblar porque estaba a punto de perder el conocimiento. De repente ví un agujero en el muro de rocas, justo detrás del árbol.

Sin pensármelo dos veces me dirigí hacia ese árbol y este momento me pareció una eternidad. Mi miedo iba desapareciendo y me sentía feliz y positivo. Con mi brazo derecho brevemente toqué una rama pequeña, caí de rodillas y me arrastré hasta llegar a la cueva estrecha. Es muy probable que pocos momentos después me desmayara.

Cuando me desperté de nuevo, oía voces enfadados de hombres. Me dí cuenta de que la cueva era muy pequeña y que era muy posible que se vieran mis piernas desde fuera. Por esto encogí mis piernas firmemente a mi cuerpo. No era cómodo, pero la cueva solo medía medio metro de profundidad, se estrechaba hacia arriba a la izquierda y se abría hacia arriba en un resquicio que no llegaba a los diez centímetros, justo para poder meterme dentro. —

— ¿Qué creés, cómo se ha podido formar esta cueva? —



– El agua de la lluvia de la montaña se habrá infiltrado en la roca durante muchos años y con esto se habrá formado el resquicio y la cueva. Estaba muy consciente de que me habrían descubierto en seguida al asomarse en la cueva. –

– “Aquí no está” oía gritar a uno de los hombres, pero no podía reconocerlo por su voz, así no sabía si era el chamán o uno de los otros dos. Uno de ellos decía que me mataría, estaba sin aliento. El chamán añadió que había comentado anteriormente que yo no había corrido hacia este valle lateral. Le reconocí bien por su voz profunda y notable. Uno de los otros respondió que sí había visto huellas en la arena. El otro supuso que las huellas podrían haber sido de animales o del viento.

Con una voz que temblaba el chamán de repente dijo “El ambiente es inquietante, ¿no lo notéis? Los pájaros no cantan, no hay plantas.” “Sólo este árbol degenerado”, dijo el otro que se encontraba directamente enfrente de la cueva. De su sombra que yo veía en la arena justo enfrente de la entrada podía ver que llevaba un machete con el que daba varias golpes al aire.

Era este hombre que me había llamado brujo y había afirmado que yo fui el responsable

por la mala cosecha del pueblo. Todos le llamaban Tamboura, y le conocían por su brutalidad.

Una y otra vez daba palos de rabia, esta vez su sombra me revelaba que los golpes se dirigían hacia el pequeño árbol. Afortunadamente había estimado mal la distancia, así los golpes no alcanzaban el árbol, sino sólo tocaban ligeramente su corteza. –

Mahamadou le apuntó a la parte de la corteza de su mango. Aunque no veía mucho, Amadou asintió con la cabeza porque estaba ensimismado con el relato de su abuelo.

– ¿Qué pasó luego? – Amadou preguntó y quería saber sin falta cómo continuaba la historia. Con cautela el abuelo se iba sirviendo agua y despacio bebió un trago.

– Como Tamboura no alcanzaba el árbol los demás hombres se burlaban de él. Uno de ellos, que no pude reconocer por su voz, dijo que si Tamboura ni siquiera fuera capaz de cortar un árbol tan pequeño como podría luego cortar la cabeza de Mahamadou, es decir, mi cabeza. –

Mahamadou se reía, como si fuera uno de aquellos hombres de los que acababa de hablar.

Amadou en cambio se imaginaba como Tamboura cortar la cabeza de su abuelo y a él esto no le daba ninguna risa.

Mahamadou dió otro sorbo, meneó la cabeza y siguió relatando con una risa en los labios. – Los hombres continuaron riéndose por mucho tiempo más, y esto le dió más rabia a Tamboura. Puede que luego hubiera intentado cortar el árbol con su machete, estaba lleno de rabia. Sin embargo, no podía ver como lo hacía. Sólo noté un ruido como si hubiera dado con toda fuerza con su arma contra una roca. Haciendo esto obviamente se rompió la cuchilla y le hirió al chamán en la pierna. Éste se puso a maldecir en voz alta. –

Mahamadou rompió a reír y se dió palmaditas en los muslos.

– ¿Por lo menos el chamán tenía una herida lo suficientemente grave? – quiso saber Amadou y con alegría levantó la vista para mirar a su abuelo.

– No podía verlo, pero oía algo como golpes de piedras contra el muro de roca. Supongo que arrojaba piedras hacia Tamboura. No podía verle pero le escuchaba como le maldijo. –

Nicodeme se acercó a ellos, evidentemente se había enterado de las últimas palabras de su padre. – ¿Quién ha arrojado piedras? – preguntó con curiosidad.

– Pues, sólo le estoy contando a Amadou cosas del pasado –explicó Mahamadou a su hijo.

– ¡Esto es interesante! – Nicodeme dijo un poco ofendido. – A mí nunca me querías contar nada de tu vida. –

– ¿Te habría interesado de verdad? –

– Por supuesto. Cuando era de la misma edad que Amadou ahora, siempre me he preguntado de dónde eres y que has hecho en tu vida. Si mi madre no me hubiera contado algo, no sabría nada de tí. –

– ¿Qué te ha contado? – Mahamadou preguntó algo extrañado.

– Me contó de vuestro primer encuentro y que se enamoró a primera vista de ti. Su padre, sin embargo, quería evitar los encuentros como no eras de aquí. –

– ¡Sí, es cierto! – Mahamadou confirmó lo dicho con una sonrisa satisfecha. – Al final no le

hizo caso, se casó conmigo y así se sobrepuso a sus padres. —

— Igual que ahora. Vamos para dentro. Si no, nos llevamos una bronca. Seguro que la comida ya esté lista. —

Esperó hasta Mahamadou y Amadou se levantaban. Entonces los tres se dirigieron a la casa.

## La rama del mango

Aquel día las clases no parecían terminar para Amadou. No podía olvidar la historia que le había contado su abuelo hacía algunos días. Se imaginaba como su abuelo se había escondido en la cueva y qué miedo de muerte habría pasado.

Varias veces estuvo a punto de pedirle a su abuelo que siguiera con la historia. Pero no se presentaba ninguna ocasión para hablar. Las conversaciones con Veerle y Laurette por mail eran muy interesantes pero duras, igual que las numerosas pruebas con tejidos de los últimos días. Muy a menudo hablaba con Mahamadou, pero se concentraban en los cultivos, los mensajes con Veerle y sus posibles planes de estudiar ciencias de plantas. Dudaba si debería ser estudiante o adquirir los conocimientos de los documentos que le mandaba Veerle.

– Abuelo, ¿sentías mucho miedo cuando estabas escondido en la cueva y los hombres te perseguían para matarte? – le preguntó a su abuelo cuando al volver del colegio le vió sentado debajo del mango.

– No – Mahamadou dijo y miraba su mango – en este momento no tenía miedo de muerte. Me sentía seguro, me sentía protegido por el árbol de mango, porque éste me había señalado la cueva, mi escondite. –

– ¿Qué pasó luego? –

– Después de insultar a Tamboura el chamán dijo en voz alta y determinante. “Vámonos de aquí, de este lugar inquietante, es maldito y nos trae mala suerte. Aquí no crece nada aparte de este árbol desgraciado. Seguramente aquí vive un espíritu que nos quiere eliminar. ¡Vámonos, volvamos al pueblo!”

Sin duda, los hombres se quedaron petrificados de miedo como no decían ni mu. El chamán se marchó primero, seguido por el otro. Sólo Tamboura se quedó, podía ver su sombra, todavía llevaba el machete en la mano. –

Mahamadou sonreía con satisfacción. Lo que veía ante sus ojos obviamente le hacía gracia, a Amadou en cambio le producía horror.

– De su sombra veía que Tamboura levantaba su machete y daba golpes al árbol. Esto me hizo sentir miedo, no por mí sino por el árbol.

Así cortó la rama más gruesa del árbol cerca del tronco. Todavía puedes ver la marca aquí. –

Amadou miró la marca en el tronco. Podía imaginarse muy bien cómo Tamboura había cortado una rama, lo que quedaba era una mayor excrecencia. Ahora entendía también porque Mahamadou tocaba esta parte muy a menudo cuando descansaba debajo del mango.

– La rama cayó directamente en la entrada de la cueva, desde mi posición podía ver una parte de la rama. De repente ví la sombra de Tamboura y como se movía hacia la cueva, cogió la rama con la mano izquierda, la levantó algunos centímetros, se paró un momento para luego dar golpes hacia el interior de la cueva, como si quisiera espantar una gallina del rincón. –

– ¿Y llegó a alcanzarte con la rama? –

– Algunas veces, sí –dijo Mahamadou con voz tranquila – me tocaba en la rodilla pero como yo no reaccionaba retiró la rama de la cueva gruñendo descontento. No quería imaginarme qué habría pasado si se hubiera tumbado en el suelo para ver el interior de la cueva. Durante un rato, que para mi fue una eternidad, no pasó absolutamente nada.



De repente Tamboura clavó el machete de cuchilla destrozada con un empujón rápido adentro de la cueva, casi rozó mi rodilla, y la cuchilla rota estalló en la roca. Nunca olvidaré esta imagen del machete cortado en la mano derecha de Tamboura. Me pareció como si el mundo se parase por unos segundos. Creía que ahora movería el machete afilado por la cueva e iba a herir mis piernas. Pero sacó el arma de la cueva. Entonces le oía maldecir otra vez, la voz se iba alejando, Tamboura se marchó siguiendo a los otros dos hombres.

Quizá por la emoción, quizá porque no había bebido suficiente me quedé en la cueva por unas horas más. Nunca más en mi vida mis sentidos volverían a ser más despiertos ni vigilantes como en aquél momento. Por la adrenalina en mi cuerpo percibía mejor los ruidos que producía el viento. Hasta ahora he podido mantener esta capacidad. Y no me canso de permanecer cerca de mi árbol durante horas.

Sin embargo, mis ojos se fijaron horas y horas en la entrada de la cueva donde las hojas de la rama se marchitaban bajo el sol. Aunque la cueva se calentara mucho por la tarde me quedé allí dentro.

Al ponerse el sol empecé a mover mis piernas que había mantenido inmóviles durante horas. Para favorecer la circulación les dí un masaje a mis piernas para poder salir del lugar. Mientras tanto se había hecho de noche.

En mis alrededores sólo notaba el ruido del viento. Acerca de una hora me quedé enfrente de la cueva con las piernas estiradas agarrando a la rama del mango. Luego me levanté para huir del valle, de este camino sin salida que casi se habría convertido en mi tumba.

Cuando me puse en marcha otra vez miré al pequeño árbol que ahora tenía un aspecto incluso más lamentable que antes. Entonces mis piernas me fallaron, parecían estar paralizadas. Sin saber por qué toqué la parte de la corteza donde ahora faltaba la rama. En este momento noté que me llenaba una energía increíble, mis piernas se fortalecían y mis sentidos estaban fuertes y positivos.

Ahora quería vivir, quería empezar una nueva vida, en otro lugar, muy lejos de mi pueblo. Corría y corría, con la rama del árbol firmemente en mi mano hasta bien entrada la noche. Por la mañana encontré un aguaje. Luego caminaba, el sol

saliente a mi izquierda y siguiendo el sol poniente por la tarde, tal y como me había aconsejado mi madre.

Más tarde llegué a la región de Tin-Akoff. Allí conocí a un camionero y le ofrecí mi ayuda con la carga y descarga de su camión. Él a cambio me ofreció poder acompañarle en sus viajes y darme de comer. Incluso me gustaba ir de viaje con él porque así conocí muchos lugares de Burkina Faso. Durante todo este tiempo llevaba la rama – ahora sin hojas – conmigo. No me importaba que el camionero se burlase de mí.

Un día nos fuimos a Gorom-Gorom al mercado. Allí ví a tu abuela por primera vez y en seguida me enamoré de ella. Decidí quedarme, trabajaba para un comerciante en el mercado e intentaba encontrarme con Fatoumata cuando podía.

Fatoumata pertenecía a la tribu de los fulanis que antaño eran nómadas en muchas regiones en el oeste de África. Hoy en día es un pueblo sedentario, pero siguen cumpliendo un código estricto que llaman Pulaaku. El autocontrol todavía es muy importante para muchos fulanis, en todo momento permanecen quietos y no

demuestran emociones. Me gustaba su sinceridad y me gustaba Fatoumata aunque al principio teníamos problemas porque pertenecíamos a diferentes tribus. Supongo que tu abuela ya te lo habrá contado. –

– Sí, pero abuelo, cuéntame más sobre la rama del mango que te ha traído tanta suerte. –

– La rama siempre me ha dado mucha suerte. Pero algún día fue quemada por un descuido. –

– ¿Fue abuela quien la quemó? –

– Sí, pero ya le he perdonado el descuido. Ella nunca entendía por qué esta rama tenía tanta importancia para mí. Igual que ahora que no entiende por qué este mango tiene un significado especial para mí. –

– ¿Y cómo obtuviste el árbol al final? –

– No me sentía bien, como si me faltara algo. Por eso un día decidí ir a buscar el árbol. Tardé muchos días hasta que encontré el valle y el árbol. Me quedé allí casi una semana, aprovechaba el tiempo para pensar sobre mí mismo. En el valle y en el camino a casa iba coleccionado hierbas que

luego utilizaba para preparar infusiones medicinales. Casi todos los años volvía al valle. –

– ¿La abuela sabía de la cueva? –

– No, no le he contado nada, ni a ella ni a ninguna otra persona. Fatoumata sabía que salía a coleccionar hierbas y aceptaba que estaba en la selva y lejos de casa por unos días o incluso algunas semanas. No era ningún problema y de hecho durante este tiempo recogía hierbas que recibían mucha gente en Gorom-Gorom. Por entonces no teníamos muchos medicamentos a nuestra disposición y así se tomaban hierbas. Cuando caíste enfermo de tuberculosis intentaba curarte con hierbas. Pero no te mejoraste hasta que encontrábamos un médico quien te recetó un antibiótico. Así conocí los límites de la medicina naturista. Todavía se pueden curar algunos males de algunas personas por hierbas, pero otras enfermedades requieren otras medidas.

Cada vez que me iba a ver el mango era especial. Pensaba sobre mi vida, hablaba con el árbol y coleccionaba hierbas. –

– ¿Cómo hablabas con el mango? – preguntó Amadou con cara de asombro.

– El mango no responde pero me escucha bien y me da un buen sentimiento. Es casi como hablar contigo. –

## Estudios

– **N**o entiendo cómo funcionan los mensajes electrónicos – Mahamadou dijo cuando observaba a Amadou como escribía un mensaje a Veerle para informarle sobre los malos resultados de su último experimento.

– Es como llamar por teléfono. Dentro de poco se transmiten informaciones por cable o por radioemisión, de aquí a Lyon o a Wageningen tardan sólo segundos u incluso menos. Se pueden transmitir palabras habladas por teléfono o textos por mensaje electrónico o incluso documentos o libros como ficheros. Veerle me dijo que era igual si yo comunicaba con ella o su madre desde Amsterdam. Por internet también puedo obtener información que ella utiliza en sus estudios. Si lo hago bien, soy capaz de aprender mucho, incluso desde aquí. –

– Todavía no entiendo, pero me gusta como has podido familiarizarte con la técnica moderna y como te comunicas con la gente en Europa. Quizá puedas estudiar allí un día. –

– Más bien no – Amadou respondió. – Me quedaré contigo, no te dejaré sólo. Estoy estudiando aquí con el apoyo de Veerle. Cada vez me está mandando más material para estudiar. –

– ¿Que está estudiando Veerle? –

– Está estudiando el cultivo de plantas en Wageningen, es un lugar en los Países Bajos. Aprende todo de plantas, genética, de biología celular, silvicultura y salud. Además tiene que asistir a cursos de química, matemáticas e informática. Algunos de estos cursos son obligatorios, otros puede elegir. También puede estudiar lenguas extranjeras, como el francés. Se ha inscrito en seminarios en filosofía, economía y dirección de empresas. Así está mejorando su cultura general y aprende todo lo que será necesario para luego tener éxito en su profesión. –

– ¿Cuántos años tiene que estudiar? – preguntó Mahamadou con interés.

– En total son tres años. Al final tiene que hacer un trabajo para ser BSc o Bachelor of Science en ciencias de plantas. –



– ¿No sería también una buena carrera para ti? Si tuviera dinero lo haría posible. Pero por desgracia no tengo suficiente. –

– También puedo estudiar desde aquí. – Amadou respondió con seguridad. – Mucha información existe en forma electrónica. Veerle ya me ha mandado algunos documentos por mail y estoy trabajando con ellos. Si tengo preguntas le escribo. Así no me dan ningún título oficial pero me da lo mismo. –

– ¿Qué lengua hablan en los Países Bajos? –

– Creo que allí hablan holandés. –

– ¿Y cómo la entiendes? ¿No hablas holandés, verdad? –

– No me hace falta. La mayoría de los textos están redactados en inglés. Estoy estudiando inglés casi todos los días. No tardaré mucho hasta poder leer los textos más complicados. –

– ¿De dónde sacas la fuerza para hacer todo esto? –

– Tú abuelo, tú me das esta fuerza tremenda. Quiero multiplicar tu mango y así hacerlo inmortal. Creo que así puedo conseguir que

no te mueras nunca ya te sientes muy conectado al árbol. –

A Mahamadou le corrían las lágrimas por sus mejillas cuando oía las palabras de su nieto. Le hacía muy feliz que Amadou hiciera este gran esfuerzo por él. Al mismo tiempo estaba triste porque no sabía que pasaría si al final se muriese igual que su mango. ¿Qué haría su nieto, estaría desilusionado y dejaría sus intereses y talentos?

– Oye Amadou, por favor, en el caso de que me vaya prométeme que seguirás en contacto con Veerle y Laurette y que en conmemoración a mí cultives plantas en Gorom-Gorom. –

Amadou se puso triste. – Abuelo, no debes morirme. Me quedaría sólo. –

– No estás solo. –

– Pero la gente de Gorom-Gorom no me entiende. –

– Puede ser, pero Veerle y Laurette te entienden y tú mismo has dicho que no es importante que estén en Europa. –

– ¡Es cierto! –

– ¿Me lo prometes? –

– Sí, abuelo, te lo prometo, pero por favor no te mueras. –

– Amadou, yo no me quiero morir, pero puede ser que pronto me muera. –

– ¿Pero lo crees por el árbol o por el espíritu, verdad? –

– Pues, siempre he tenido el sentimiento de que mi vida esté vinculado estrechamente con la vida del árbol. –

– Pero me tienes a mí. Juntos podemos cultivar árboles y injertarlos. Nos quedan tantas cosas por hacer juntos. –

Los ojos de Mahamadou brillaban y pocos momentos después Amadou también sonreía. Se cogían en brazos y se prometieron quedarse juntos todo el tiempo que pudieran.

– Pensamos casi igual –dijo Mahamadou antes de que entrasen en la casa para comer – sólo que mis pensamientos están determinados por mis recuerdos y experiencias. Tus pensamientos van hacia al futuro. Mañana me tendrás que contar más de Veerle. –

Por la noche Veerle le había escrito otro mensaje. Cuando le preguntó que quería hacer después de terminar sus estudios ella respondió que estaba pensando en terminar la carrera con el Master of Science en otro país europeo, quizá en Bélgica, un país al sur de los Países Bajos. – O me voy a Francia, Gran Bretaña, a Alemania o Suecia. Ahora somos más flexibles en Europa y cada vez más nos vemos como europeos, no como holandeses, belgas o alemanes. Las enemistades de antes ya no existen. La nueva generación piensa a nivel europeo. Al principio teníamos una unión meramente económica, hoy en día establecemos reglas sociales y políticas a nivel europeo. También aspiramos a estandarizar los estudios universitarios, los exámenes de bachiller o master se convalidan en otros países comunitarios. Entre casi todos los países europeos no tenemos controles de fronteras, visados u otros documentos oficiales ya no nos hacen falta para viajar. –

– Me gustaría mucho que fuese igual en África – opinó Amadou – aquí estamos muy cerca de Niger y Mali, no obstante para nosotros es muy complicado pasar las fronteras. –

– Pues, en Europa también ha sido un proceso lento y prolongado – Veerle le consoló – No hace falta que todos los países participen a la vez, si al principio se unen unos pocos países, luego siguen otros en cuanto entiendan las ventajas de la unión. La tolerancia tiene que ser el tema central en una sociedad. La posibilidad de intercambiar información a nivel mundial facilita la comunicación entre los países sin límites y fomenta la tolerancia. Un buen ejemplo es la comunicación por mail. –

Hasta la fecha Amadou nunca había tenido la oportunidad de tener discusiones como ésta. Gradualmente empezaba a pensar de otra manera, como un visionario. – Si yo sólo estoy denunciando injusticias a lo mejor pongo en peligro a mi familia y a mi mismo. Pero si la crítica es expresada por una comunidad internacional a lo mejor sea posible iniciar un cambio. Por esto quiero luchar. ¿Por qué no tienen toda la gente acceso a ordenadores? –

Para Veerle, Laurette y para Richard el ordenador se había convertido en una parte muy importante de la vida, tanto en su vida profesional como en el ocio. Amadou se figuró como fuera si se garantizara el acceso a computadores para toda la

gente en Burkina Faso. ¿Qué cambios conllevaría?  
La pregunta es si los ordenadores puedan mejorar  
las condiciones de vida o si las deterioran.

## Científicos

– Abuelo, ¿por qué has trasplantado el mango y lo has traído aquí? – Amadou quiso saber.

– Habría preferido dejar el mango en frente de la cueva. Pero en el año que tu padre tenía la misma edad que tú ahora, otra vez fui a la cueva y me quedé más tiempo. Sería el sexto día cuando noté un todoterreno que se acercaba. Unas cuantas personas, entre ellos científicos de la capital y del extranjero, examinaban el valle, coleccionaban piedras y realizaban mediciones de todo tipo. Me escondía detrás de una roca y los observaba. Cuando se acercaban me escondía en la cueva como había hecho hacía años. Sólo podía entender parte de lo que decían, sobre todo porque no comprendía los términos técnicos que utilizaban.

Escuchaba a uno de los científicos como gritaba que no deberían quedarse más tiempo porque había medido una radiación radiactiva elevada. Presumía que la radiación provenía de las rocas. Se llevaron unas pruebas de las rocas, oía el sonido del martillo. Por entonces no sabía qué era

radiación radiactiva. Muchos años después aprendía más sobre la radioactividad. –

– ¿Que pasó luego? –

– Entonces pude oír la voz de otro científico que había descubierto el mango que crecía en el valle a pesar de la carga radiactiva. Otro hombre creía que a lo mejor se tratase de una mutación y que el árbol era muy especial porque aguantaba el ambiente. Propuso llevarse la planta y darla a un científico de plantas que conocía. Sin embargo, no quería exponerse más a la radioactividad y se marchó.

Al final no se llevaron el árbol aquél día ya que no querían simplemente excavarlo para no destruir las raíces. Querían planificar bien el transporte y por tanto volver en uno de los próximos días. Antes querían contactar al científico de plantas para preguntarle si realmente estaba interesado.

Luego se dirigieron al todoterreno y se marcharon. Cuando me imaginaba que posiblemente se llevarían mi árbol para mandarlo a Europa o América para ser examinado me puse muy triste. Perdería algo que tenía una importancia muy especial para mí. Era como si los científicos



me robaran algo que me pertenecía, aunque ellos no sabían que el mango era en realidad mi mango.

Con cuidado y durante horas ahuequé la tierra alrededor del árbol con un cuchillo para no dañar las raíces. Al final desgraciadamente tuve que cortar la raíz principal que se hundían en la profundidad de la tierra. Después de sacar el árbol pequeño de la tierra lo envolví en un pañuelo mojado que anteriormente había utilizado para mi comida. –

– Muy a menudo la replantación destruye las raíces principales y por ejemplo un mango más viejo nunca vuelve a ser tan exuberante como antes – explicó Amadou lo que había leído en el internet.

– Mi mango sólo había crecido muy despacio ya que se encontraba muy cerca de una roca y también el suelo era muy rocoso. En algunos años no creí que el árbol iba a sobrevivir otro año. Pero se quedaba como estaba. Para mí es el mango de la vida y no debe morir. –

– Pero el árbol de la vida es el árbol de mantequilla – respondió Amadou y estaba muy orgulloso de haber leído mucho sobre los árboles de la zona sahel.

Mahamadou negó con la cabeza. – La gente de aquí llaman el árbol de mantequilla el árbol de la vida, ¿pero por qué? En los viejos tiempos este árbol, que también se conoce como karité, entregaba frutos de los cuales no sólo se utilizaba la pulpa sino también la manteca del hueso, la nuez de karité. Hoy en día se utiliza la manteca de karité principalmente para productos cosméticos. ¿Realmente crees que todavía debemos llamarlo *árbol de la vida*? –

Amadou miraba al suelo pensativo. Se preguntaba qué árbol sería *su* árbol de la vida. El mango achaparrado de su abuelo no podría serlo y el karité tampoco.

– Para mí este mango es el árbol de la vida o mejor dicho el árbol de *mi* vida. Me ha salvado la vida y hoy me mantiene con vida. Es único, sólo existe un ejemplar en todo el mundo y debería seguir siendo así. –

Durante un tiempo el abuelo no decía palabra alguna, mientras que contemplaba el árbol de mango de arriba abajo. Amadou también miraba el árbol, pero él sólo veía el mango más feo de toda la zona, un árbol pequeño retrasado en su crecimiento, dañado por un rayo y para colmo de

males ahora tenía que resistir hongos y todo tipo de parásitos. Ni siquiera llevaba frutos sabrosos, y en vez de ser grandes y de un color amarillo dorado, los frutos eran mucho más pequeños y la pulpa era blanca con manchas rojas. Además, el fruto tenía un sabor ácido, el hueso era grande y estéril, la pulpa alrededor muy fina y fibrosa.

Cada uno de los pocos frutos de su mango era muy importante para el abuelo. Solía cortar la escasa pulpa en rajadas finas para secarlas al aire.

– Así puedo gozar de los frutos durante todo el año. No hay nada más bonito que comer de este fruto – repetía varias veces.

– Cuando el árbol se muere también será tiempo que yo me vaya de este mundo – decía en muchas ocasiones el abuelo. Y Amadou tenía que pensar mucho en sus palabras. ¿Qué podría hacer? ¿Cómo podría ayudarle a su abuelo?

## Cultivos de tejidos

**A**madou seguía con sus pruebas y permanentemente cambiaba de método de desinfectar su caja estéril. Además aplicaba más alcohol para mantener estéril sus manos. Antes había más bien ahorrado alcohol pero a causa de los fracasos suponía que a lo mejor esto había sido el error sistemático que había llevado a la contaminación de la caja con esporas con esto a la contaminación del cultivo.

Era su séptima prueba y otra vez había recogido hojas de diferentes plantas. Como antes desinfectó las hojas con hipoclorito y con alcoholes y las introdujo en la caja estéril. También desinfectó sus manos y todos los recipientes con una solución de alcohol de un 70 por ciento antes de colocar el material en el fondo de la caja.

Utilizó una nueva hoja de afeitar desinfectada y cortó de las plantas pedazos pequeños para ponerlos con una pinza esterilizada en una placa de Petri con medio de cultivo y hormonas en agarosa. Pocos días después veía que de las doce pruebas que había preparado en la placa

esta vez sólo nueve estaban contaminadas, tres estaban limpios. El experimento le motivó a continuar. Quizá no hubiera desinfectado suficientemente las partes de las plantas del jardín.

Veerle le había explicado bien que era crítico si no desinfectaba bien las hojas podía correr el riesgo de infectar el ambiente. Sin embargo, si desinfectaría demasiado podría destruir las células vegetales y utilizaría materia orgánica muerta.

El profesor de Veerle le había regalado solución de hipoclorito. Del internet Amadou sabía que en temperaturas altas el cloruro escapaba fácilmente de la solución. También encontró la información que se utilizaba el hipoclorito para blanquear diferentes materiales, así se fue a la ciudad a buscar blanqueador. En una tienda encontró una botella de blanqueador que contenía la concentración de hipoclorito que necesitaba. Amadou estaba muy agradecido que el día siguiente Nicodeme compró la botella para él.

Entonces repitió el experimento poniendo las plantas en la nueva solución de hipoclorito. Esta vez sólo colocó ocho partes en el agar de la placa de Petri. Durante una semana observó inquieto la condición de la placa. Pronto se dió cuenta de que

tenía un cultivo sin esporas. Dos semanas después ya se podían ver zonas de crecimiento en algunas hojas.

Era su éxito, su gran éxito. Con cara de asombro Nicodeme, Fatoumata y Mahamadou contemplaron a través de la tapa de plástico las piezas pequeñas de tejido. No podían entender por qué Amadou era tan feliz. Pero cuando Laurette, Veerle e incluso el profesor le felicitaron por lo conseguido se daban cuenta de que Amadou había conseguido algo muy especial. Había aprendido a clonar plantas.

Durante las semanas siguientes repetía las pruebas de clonación con otras plantas. Así la técnica de cultivo de tejidos vegetales se convertía en rutina. Casi todos los días su abuelo examinaba los recipientes que contenían los montoncitos de tejido.

Un día Mahamadou le preguntó de improviso. – ¿Y te gusta Veerle? –

– Ella es una persona maravillosa, se ha preocupado de mí aunque no me conoce de nada. Tiene suficiente trabajo con su carrera universitaria. Sin embargo, le sobraba el tiempo para proveerme de información. Me ha animado, ha pensado sobre

cómo apoyarme y me ha ayudado por el envío de los reactivos. Veerle me gusta. – Amadou comentó entusiasmado y no podía esconder sus ojos brillantes ante su abuelo.

– ¿Veerle se ha hecho tu amiga? –

Amadou se avergonzó y miró hacia el suelo. El abuelo le calmó rápidamente porque no tenía la intención de fastidiar a Amadou. – No quería decir eso. Ella es mucho más mayor que tú y seguramente tenga muchos amigos en su país. ¿Pero qué sientes cuando piensas en Veerle? –

– Tenemos mucha confianza, es como una hermana mayor, pero no sé como es tener una hermana –respondió Amadou, le gustaba esta idea.

En las próximas semanas Amadou clonaba todo tipo de plantas, sobre todo mangos, pero todavía no tenía éxito con las hojas del mango de Mahamadou. Y a pesar de cambiar las mezclas de hormonas y de minerales, los resultados eran decepcionantes, mientras que las pruebas de referencia en las que había utilizado hojas de otros mangos crecían bien en el cultivo.

## Fasnet

**L**aurette se comprometía en un movimiento contra la energía nuclear, se volvía contra el aprovechamiento civil y militar de la energía nuclear. Estaba en contacto con otras personas que organizaban protestas, escribían artículos críticos para los medios de comunicación para ejercer influencia en la política.

Cuando una noche estaba discutiendo con Richard sobre las posibilidades de ayudar a Amadou Laurette se acordó de un químico alemán que conocía del movimiento anti-nuclear. Durante una manifestación en la central nuclear de Fessenheim en Alsacia, una región que limita a Alemania y el Rhín, éste le había contado que trabajaba en un proyecto para producir hormonas artificiales para plantas.

– Se llama Wolfgang, es de Friburgo – recordó Richard. – ¿Es químico, no nos podrá ayudar? –

Inmediatamente Richard le puso unas letras a Wolfgang, ya el día siguiente recibió la respuesta.



– Actualmente no estoy trabajando con fitohormonas. –escribió Wolfgang – pero tengo a un compañero que fabrica hormonas sintéticas completamente nuevas. Estoy seguro de que él le daría a Amadou algo de su cóctel de hormonas. Me pongo en contacto con vosotros en cuanto haya hablado con él. –

Wolfgang no respondió hasta unos días más tarde. En su mail escribió. – Disculpad mi tardanza pero aquí en Friburgo nos estamos preparando para el carnaval Alemánico tradicional. Yo estoy participando activamente y ya tenemos reuniones y pequeñas actuaciones en escenario. El lunes de Carnaval celebramos un desfile tradicional. A propósito, mi compañero ha producido las fitohormonas para vosotros, os las puedo mandar cuando queráis. –

– ¿Por qué no nos vamos a Friburgo el lunes, vemos el desfile y cuando volvemos nos llevamos las fitohormonas? – propuso Richard a Laurette que le cogió de sorpresa. – Desde hace tiempo tengo mucho interés por el carnaval Alemánico. –

Laurette estaba de acuerdo y quedaron con Wolfgang en el centro de la ciudad de Friburgo.

Aquél lunes Laurette y Richard se fueron en coche desde Lyon a Friburgo para vivir la fiesta de carnaval allí.

Friburgo está situado a más de 400 km de Lyon, en el sudoeste de Alemania, muy cerca de las fronteras de Francia y de Suiza. Habían quedado con Wolfgang sobre las cuatro de la tarde en la Puerta de los Suabos en el centro de la ciudad. A los dos el desfile se puso en marcha. Había un movimiento de colores en las calles, muchos se habían disfrazado y llevaban máscaras de madera, parecían diabolos y brujas y además actuaban así.

– ¿No hemos visto máscaras muy parecidas en nuestros viajes por África? Al fin la gente tiene más cosas en común, de la selva negra alemana a África negra. – Laurette le dijo a Richard cuando una persona con una horrorosa máscara de bruja se acercaba a ellos. La bruja quería abrazarle a Laurette y a pesar de que ésta se resistió la bruja la cogió firmemente en brazos. Laurette se asustó y se divirtió al mismo tiempo. Richard les miraba y le animó a Laurette que se defendiera. Poco después la bruja cansada la dejó en paz, pero de repente se quitó la máscara, Wolfgang les miraba con una sonrisa.

– Me alegro mucho de veros – dijo secándose el sudor de la frente aunque todavía era invierno y hacía mucho frío. – Debajo de la máscara estoy sudando mucho. Ahora tengo sed. Conozco un lugar bonito, vamos allí a tomar algo.

–

Cuando encontraron el local buscaron un sitio para charlar. Como la mayoría de la gente estaba de fiesta metían bastante ruido

– ¿Os ha gustado el desfile? – quiso saber Wolfgang.

– Maravilloso, único. Ha valido la pena conducir todos estos kilómetros para venir aquí. – dijo Richard – y Laurette ha sacado muchas fotos de las personas y máscaras curiosas. –

Laurette consintió y añadió – Me habría gustado sacar más fotos todavía pero las brujas y diabólos me perseguían cuando les acercaba con la cámara. –

Laurette y Richard le contaron a Wolfgang todos los detalles de Amadou y de sus éxitos, hablaron de Veerle, de los reactivos de Wangeningen y también de los problemas de Amadou de injertar del mango de Mahamadou.

Wolfgang escuchaba fascinado por el proyecto y les habló del compañero que les había preparado las fitohormonas completamente nuevas.

– Si él quiere permanecer anónimo nos dará un cóctel de hormonas. Solamente tendríais que transportar el líquido de manera segura y bien fría. – explicó y llamó a su compañero por teléfono.

– Está en el laboratorio y está empaquetando las hormonas. Si queréis vamos a buscarlas ahora. –

Desde el centro de la ciudad se dirigieron al jardín botánico en cuyas proximidades se encontraban algunos edificios de la universidad. En el camino atravesaron una marca en la calle de ornamentos de teselas.

– Es 48 grado de latitud que cruza la ciudad de Friburgo – Wolfgang explicó. – Este grado de latitud también transcurre en parte entre EE.UU. y Canadá. –

– ¿Ah sí? No estaba consciente de ello. – notó Richard asombrado.

Poco después llegaron al jardín botánico de Friburgo y se pararon frente a un edificio alto.

– Voy a buscar las fitohormonas. Por favor, esperádme aquí. Podéis aprovechar el tiempo y visitar el jardín. En invierno hace demasiado frío así de momento no se ven muchas plantas. Sin embargo, la primavera ya se está anunciando. – Wolfgang dijo y desapareció en el edificio y Laurette y Richard comenzaron su paseo por el jardín. Un poco más tarde Wolfgang volvió con una caja de poliestireno en la mano.

– En la caja se encuentran los cócteles de hormonas y unas instrucciones para Amadou. Habrá que garantizar el transporte de las hormonas en una nevera portátil. Antes de despachar la caja tendréis que poner dentro los grupos frigoríficos congelados a una temperatura de veinte grados bajo cero. Los elementos también se hallan en la caja. El frío se mantendrá por tres días aproximadamente. Por favor avisádle a Amadou que luego almacene las hormonas en un congelador frigorífico o por lo menos a una temperatura muy baja. Así se conservarán por años. Antes de usarlas debería mezclar las hormonas con agar líquido pero no caliente y luego dejar los recipientes en un baño de agua para que no se calienten en el sol. –

Con el paquete volvieron al aparcamiento. Cuando guardaron la caja en el maletero Wolfgang les aseguró. – Supuestamente es el mejor cóctel de fitohormonas que hay hoy día. Si estas hormonas no funcionan no me queda ninguna explicación porque no sea posible clonar el mango del abuelo de Amadou. –

Justo el día siguiente Laurette averiguó un servicio logístico en Lyon que le aseguraba llevar el paquete enfriado a Gorom-Gorom. Tendría que pagar un precio elevado pero aceptó. Juntos elaboraron un plan de transporte.

– El lunes a mediodía recogeremos el paquete para que pueda ser transportado por avión a Burkina Faso por la noche – el agente de transportes explicó. – Así llegará al aeropuerto de Ouagadougou el martes donde será almacenado en un almacén frigorífico mientras que se lleven a cabo los trámites aduaneros. Luego un conductor llevará el paquete a Gorom-Gorom. Desgraciadamente no sabemos cuánto tiempo tardará el transporte, depende de la oficina de aduanas. Pero damos la garantía que el paquete se quede frío y que se entregue personalmente a Amadou Ouedraogo. –

El martes Amadou recibió un mensaje de Laurette en el cual le explicaba en detalle que habían contactado a Wolfgang en Alemania y que en breve le llegaría un paquete que seguramente ya se encontrase en Burkina Faso. – Mándame un mail cuando hayas recibido el paquete. –

¡Y de hecho! Cuando el viernes Amadou volvía del colegio ya le estaba esperando el conductor de una empresa de transporte. Mahamadou y algunos vecinos estaban charlando con el hombre que sólo quería entregar el paquete a un tal Amadou Ouedraogo. Y todos tenían mucha curiosidad por lo que contenía.

– Un paquete de Francia, de Lyon – el conductor dijo.

El contenido de la caja estaba bien frío, Amadou encontró una caja de color naranja brillante conteniendo veinte recipientes de fitohormonas. Además, encontró un documento escrito en inglés que contenía algunas instrucciones. Podía leer que las hormonas se entregaban en raciones para un litro de solución de agar y que debería aplicarlas en las concentraciones 1:10,000 y 1:50,000. Wolfgang había adjuntado un saludo. – Con este material podrás injertar de 1,000 a hasta

10,000 plantas. Te deseo mucha suerte. Recuerdos VCT. –

– Son las mejores fitohormonas que hay – Amadou anunció con orgullo – con estas hormonas puedo clonar casi todas las plantas del mundo. – Sus últimas palabras le daban algo de vergüenza ya que el mensaje de Laurette no lo había confirmado. Le había informado de que un compañero de Wolfgang – un tal VCT – había mezclado hormonas nuevas con otras fitohormonas. Pero la afirmación de Amadou, el paquete de Lyon, el conductor que sólo quería entregar el envío a un muchacho de quince años y las fitohormonas muy especiales de Alemania les impresionaron mucho a los presentes y la noticia se divulgaba rápidamente en Gorom-Gorom.

Mahamadou estaba llorando cuando entró en la casa con Amadou para buscar un lugar frío para las hormonas. – Me haces muy feliz – dijo – te empeñas tanto en el proyecto y mucha gente en el mundo te está apoyando para clonar mi mango. Estoy muy emocionado. –



## Uno de los nuestros

**E**se mismo día Amadou se puso a preparar agar estéril y – según las instrucciones - añadió en porciones las hormonas a la solución enfriada todavía líquida. Llenó varios vasos de vidrio con el mango de Mahamadou y con un mango dulce que le gustaba mucho a su abuela y que quería usar de referencia. Daba números a las pruebas. Así tenía dos pruebas con el mango de Mahamadou, el número P274 con la concentración 1:10,000 y el número P275 con la de 1:50,000. Había preparado algo más cantidad del agar 1:10. Estaba a punto de tirar el resto, pero al final decidió mezclarlo con lo que quedaba del agar con las hormonas de Wageningen y que había utilizado como prueba de control. Así obtenía otro vaso con una mezcla de todas las fitohormonas que tenía. Este vaso recibía el número P276.

Le costaba mucho quitar las hojas más vitales del mango de Mahamadou en el que sólo quedaban algunas hojas. Pero su abuelo le apoyó en sus planes aunque no pudiese garantizar su éxito.

Durante las siguientes horas Amadou iba desinfectando las hojas del mango y las particionó dentro de su caja estéril utilizando un escalpelo estéril y una pinza. Después colocó cinco a ocho piezas de las hojas en recipientes de vidrio llenos de agar y fitohormonas. Posicionó las piezas vegetales en el agar o las presionó ligeramente dentro.

Amadou estaba impaciente, ya por la tarde quería informarle a Laurette del transporte de las fitohormonas y de los cultivos que había preparado.

Al final Amadou le hizo a Laurette una pregunta que le había preocupado durante todo el día. – Por qué nos han ayudado Wolfgang y su compañero VCT? ¿Si han descubierto una mezcla muy especial de hormonas, por qué nos dan una parte? –

Recibió la respuesta dos días después. Laurette se mostró muy encantada del mensaje, sin embargo no quería escribir nada acerca de la ayuda de Wolfgang y su compañero.

– Pues, hoy no te lo puedo explicar en detalle – escribió. – A lo mejor le lo cuento más tarde cuando seas mas mayor. –

– Soy lo suficientemente mayor para esto. – respondió a vuelta de correo ya que las palabras de Laurette le enfadaban.

Laurette se había dado cuenta de los sentimientos de Amadou y finalmente se puso a explicar la situación.

– Pertenezco a un grupo de personas que se comprometen a fomentar la educación sostenible en el mundo. Nuestro motivo principal es lo que llaman en inglés *GLOBAL EDUCATIONAL SUSTAINABILITY INTEGRATED NETWORK ACTIVITIES*, esto quiere decir algo como *RED DE ACTIVIDADES COMUNES POR EL DESARROLLO SOSTENIBLE DE LA EDUCACIÓN GLOBAL*. Más corto nos llamamos GESINAS. Todos nosotros estamos convencidos de que el mundo sería un mejor lugar si la gente se apropiara de conocimientos y estuviese preparada para el futuro, si se comunicara para compartir todo lo que saben. –

– Hemos tenido suerte en muchas ocasiones. – escribió en otro mensaje. – Tanto los dos científicos de Friburgo como Veerle son parte de GESINAS. Ya había trabajado con ella en otro proyecto. Así también sabía que ella entendía de

cultivos vegetales y nos ayudaría en seguida. Conozco a Wolfgang de otro proyecto del movimiento anti-nuclear. Wolfgang por su parte se puso en contacto con VCT que no quería revelar su identidad. Es un GESINAS secreto. –

Amadou estaba entusiasmado y estaba muy fascinado por el hecho de estar en contacto directo e indirecto con varios miembros de esta organización. De noche incluso soñaba con la idea de ser parte de ellos.

– ¿Cómo puedo convertirme en un GESINAS? – le preguntó Amadou a Laurette.

– Lo único que tendrás que hacer para ser uno de nosotros es trabajar con nosotros y estar dispuesto a compartir tus conocimientos con otras personas. Automaticamente te convertirás en un GESINAS. Sin embargo, también podrás perder tus derechos si no trabajas con nosotros o si haces cosas que nos perjudican. Ya conoces a algunos miembros de la organización, es decir Wolfgang, VCT, Richard, Veerle y a mí. –

– ¿De verdad? ¿Puedo ser un GESINAS? Temo que no me acepten porque sólo soy un muchacho de piel oscuro de Gorom-Gorom. –

– Ni tu edad, tu color de piel, tu nacionalidad o sexo, tu religión o tu nacionalidad tienen importancia. Para ser uno de nosotros sólo tendrás que estar dispuesto a compartir lo que sabes para ayudar a otros. Veerle por ejemplo no dudó mucho y estaba dispuesta a ayudarte en seguida, sólo porque le pedía ayuda. Igual que Wolfgang. Él también aceptó en el momento que recibía nuestro mail. ¡Simplemente empieza a ayudar a otros con tus conocimientos! –

– Laurette, sí quiero compartir lo que sé pero cuando hablaba de mis proyectos en el colegio se han reído de mí. – respondió Amadou.

– Esto puede pasar – le Laurette dijo. – Recuerda, no somos misioneros religiosos. No intentamos imponer nuestros conocimientos a nadie, los queremos ofrecer. Observa bien que problemas tiene la gente de Gorom-Gorom y cuando pienses que puedes ayudar ofrece tu apoyo. Si al principio no funciona, no estés ofendido y frustrado. Ten paciencia. Si no eres capaz de ayudar, a lo mejor encuentres alguien en GESINAS que te ayude. Yo también quería ayudarte pero no sabía nada de plantas. Así pedí ayuda a Veerle, a Wolfgang y VCT y te ayudaron. –

– Mañana mismo empezaré de ser uno de los vuestros – afirmó Amadou.

– Esto me hace muy feliz, así tenemos otra cosa en común. Los dos somos GESINAS. –

## Clones del mango

**M**ahamadou había cultivado muchas plantas en su jardín y gran parte del día se ocupaba de cuidar los árboles, de regarlos, de cortar las ramas y de cosechar la fruta.

Tenía muchas papayas, higos, limones y diferentes tipos de mangos, por mayoría con frutos sabrosos que se recolectaban al principio del año o más tarde.

Aparte de los árboles frutales Mahamadou también cultivaba sorgo, un tipo de mijo, y maíz y tenía un huerto de hierbas. De las flores, hojas y cortezas preparaba infusiones que estaban valorados por los vecinos cuando estaban enfermos o necesitaban remedios para amigos y conocidos. Para mucha gente Mahamadou era un chamán aunque a él no le gustaba que le llamasen así.

– ¿Abuelo, qué infusión has preparado para Urbi? – insistió Amadou.

– En su mayoría el té contenía té verde, mucho azúcar y menta, unas hojas y unas gotas del jugo de kindeliba que mucha gente llama randga. El chamán lo usaba para hacer cerveza. Normalmente

los hombres del pueblo solían beber esta cerveza en ceremonias o la tomaban en caso de diarrea. El jardín del chamán estaba situado cerca de su cabaña, estaba rodeado de un muro de barro. Ningún aldeano estaba permitido a entrar en el jardín sin tener que temer la maldición de los espíritus. En una ocasión el chamán no se sentía bien y me pidió que le acompañase al jardín sin que los demás se enterasen. Constantemente me advertía de que si entraba en el jardín sin su permiso el espíritu me mataría y tendría una muerte muy dolorosa. Pero no podía meterme miedo. Detrás de unos arbustos el chamán había escondido unas plantas de té. Todas sus infusiones se basaban en estas hojas secas de té. Me indicó que cogiera las hojas más jóvenes. En secreto, me llevé algunas de estas hojas, sólo pocas para que no se diése cuenta. —

— ¿Y cómo has hecho el té para Richard? —  
Amadou quiso saber.

— Para preparar este té añadí hojas de un calotropis procera. Es un remedio en caso de diarrea, no se debe echar demasiado. Además puse algo de un mango y una hoja joven de mango. —



– Yo también lo sé hacer – dijo Amadou y ya se sentía como un pequeño chamán.

Cómo todos los días al anochecer examinaba detenidamente sus cultivos y tomaba nota de sus observaciones en su libro de proyecto.

Había colocado los recipientes por bajo de diferentes árboles. La mayoría de los vasos contenía hojas de mango que había obtenido de diferentes lugares. Con ellas testaba como crecían los cultivos en las nuevas mezclas de fitohormonas de Friburgo.

Las hojas del árbol favorito de su abuela, que siempre llevaba muchos frutos grandes y dulces que ella podía vender por un buen dinero, formaban tejidos pequeños con comienzos de raíz. Podía ver muy claramente que aquellas fitohormonas eran mucho mejores que las mezclas de Wageningen que no eran específicamente para mangos.

Era capaz de hacer algo que nadie en su alrededor sabía hacer. Era capaz de producir muchos mangos pequeños genéticamente idénticos de una sola hoja. Podía clonar sin tener que esperar hasta que los frutos madurasen.

– Puedes estar orgulloso de ello – su padre le tributó respeto. – Sabes algo que nunca he podido hacer y que la mayoría de la gente no sabe hacer. Puedes aplicar métodos de la biotecnología para multiplicar plantas. Estoy muy orgulloso de tí – le repetía varias veces.

Amadou estaba orgulloso de sí mismo. – Quiero seguir haciéndolo. De esta manera quizá pueda ayudar a mucha gente. Puedo coleccionar hojas y cultivar plantas de alta calidad para que la gente tenga de comer y encuentre una oportunidad de trabajar. En un futuro quiero multiplicar hierbas medicinales así. –

Con cuidado llevó los vasos a un lugar sombrío cerca de la casa para que las plantas pequeñas no fuesen expuestas al sol y al calor. – En cuatro semanas podré sacarlas del agar. – Amadou pensó. Había cultivado más de cien plantas.

Sólo quedaban tres placas. Eran los recipientes en los que había intentado preparar un cultivo con las últimas hojas del mango de su abuelo. A primera vista notó que no se habían formado tejidos como en caso de los mangos de referencia.

Con rotulador rojo había marcado los recipientes con las letras MAM, el *mango de Mahamadou*, con la fecha y el número de la prueba. Los recipientes llevaban los números P274 a P276 lo que había apuntado en su libro del proyecto.

Cogió su libro para leer sobre el desarrollo de sus experimentos. Se acordó de su experimento P1 que había fracasado porque a los pocos días las placas de Petri se habían contaminado de hongos y había tenido que desecharlas.

Las pruebas que seguían también habían fracasado por las esporas. Amadou había maldicho los hongos aunque eran muy bonitos. En el agar había visto colonias rojas, azules, viscosos y blancas. Verle le había contado que de esta manera un científico llamado Alexander Fleming había descubierto la penicilina, un antibiótico que le había salvado la vida cuando estaba enfermo de tuberculosis.

Al principio de la serie de ensayos la falta de esterilidad había destruido la mayoría de las pruebas. Tardó muchos meses hasta poder presentar cultivos estériles. Veerle que trabajaba en laboratorios muy modernos con equipos caros estaba emocionada. Los demás estudiantes y el

profesor estaban asombrados que un quinceañero en un jardín en Burkina Faso fuese capaz de aplicar estas técnicas.

– Es un gran milagro – escribió entonces Veerle.

En cuanto había encontrado el método idóneo y la mezcla correcta de hidrocloreto y alcohol consiguió liberar las hojas de las esporas y bacterias, las metió en la caja estéril y las pasó al agar con fitohormonas.

Había celebrado el resultado cuando después de dos semanas podía ver las primeras plantitas sin contaminación, el primer éxito tenía con la prueba del número 46. Pero no había sido un mango sino un higo.

Duraba hasta la prueba número 91 hasta que veía crecer los primeros mangos como motoncitos de tejidos de la punta de la hoja.

Muchas plantas se habían secado hasta que encontraba el lugar adecuado sombrío y una solución para que el agua no se evaporizara demasiado deprisa.

– Hoy puedo clonar mangos de todo tipo de hojas y conseguir muchas plantas idénticas. El

único mango que se me resiste es el mango del abuelo. – murmuró mirando las tres placas.

En P274 había empleado la nueva hormona de Friburgo. Sin embargo, las ocho piezas de hojas en la placa se habían muerto después de tres semanas. En P275 había quintuplicado la concentración de la hormona, pero las seis piezas de hoja también estaban muertas. En P276 había usado la misma concentración de hormona como en el proyecto anterior pero había combinado la hormona con todas las otras hormonas que le habían mandado desde Wageningen. Las siete piezas en el agar sorprendentemente no estaban secas ni muertas. Levantó la placa con cuidado para mirar la prueba por debajo. Unas piezas no señalaban ningún cambio, pero tres piezas ya habían producido tejidos, en una pieza creía ver algo como una raíz.

Las manos de Amadou temblaron tanto que dejó el recipiente por un rato para que no se fuese de sus manos. – No debo cometer ningún error. Necesito unas semanas más hasta que se desarrollen pequeñas plantas de los montoncitos de tejidos. Entonces las podré plantar en macetas. – murmuró preocupado.

Estaba totalmente seguro de que se había desarrollado un meristemo, es decir, un montón folicular de células se había producido y se había introducido en el agar.

– ¿Es un meristemo o es un hongo? Pero después de tres semanas tendría que ver las esporas por toda la placa. – pensó en voz alta.

Rápido se cogió su libro para apuntar sus observaciones con el número P276. ¿Será un éxito?

Amadou pasó los próximos días principalmente en el jardín para vigilar el recipiente con el número P276. También Mahamadou, su padre, su abuela, mucha gente de la región y del colegio examinaron la prueba.

La mayoría de la gente no sabía nada de los montones de células y de las estribaciones que crecían al borde de las pequeñas hojas de mango. Pero no tenían otro remedio que alegrarse con Amadou cuando veían sus ojos brillantes y llenos de entusiasmo cuando observaba el recipiente del número P276 y cuando le oían hablar de la nueva mezcla de hormonas, de su mezcla de hormonas, que él había descubierto. Le daban la razón y se alegraban con él, les contagiaba a todos con su alegría.

Anteriormente Amadou sólo había pasado más tiempo con su abuelo en pocas ocasiones. Ahora, que sabía de su secreto, hablaba con él de otra manera y desde que estaba capaz de clonar el mango del abuelo, éste se interesaba por todo lo que Amadou hacía con los cultivos de plantas.

– Abuelo, quiero regalarte estas plantas – dijo Amadou. – De ellas a lo mejor sobrevivirán tres plantitas pero yo puedo clonar muchos mangos más con la receta del P276. Los mangos serán genéticamente idénticos a tu mango. –

– Por favor, pon la placa por debajo de mi mango. – Mahamadou dijo. – A lo mejor el espíritu de mi mango pase a uno de tus mangos jóvenes. Tocaré el tambor y esperaré que el espíritu me apoye en mi deseo. –

Amadou no sabía qué pensar de todo esto. ¿Por qué era tan importante el espíritu del viejo mango? Ahora que el abuelo tenía muchos clones de su árbol. Mahamadou había sospechado lo que pensaba su nieto y dijo. – Si el espíritu sale del mango enfermo y vuelve al valle a lo mejor me abandone a mí y yo moriré. –

Por poco Amadou le dijo que creía que esto era una tontería y que no creía en espíritus. ¿No le

había acompañado su abuelo al tiempo moderno? ¿No hablaba constantemente de los buenos espíritus? ¿Que hay de bueno en que un espíritu que sale de un árbol y un hombre se muere? Pero no se atrevió a revelar sus pensamientos. En lugar de esto dijo. – Me gustaría mucho que el espíritu te escuchara y saliera del mango enfermo hoy para encontrar su hogar en un clon. –

Los ojos de Mahamadou brillaron y silenciosamente se puso a tocar el tambor. – Vamos a a estar felices y contentos. Estoy orgulloso de tí, de tus conocimientos y de tus clones. Lo has hecho por mí. Esto me toca el corazón, como nadie ha podido tocar mi corazón antes. Estoy tan orgulloso de tí. – afirmó Mahamadou. – Podría ser tu profesión. Con la técnica podrás multiplicar los árboles frutales más validosos y las mejores hierbas medicinales. –

– Lo haremos en común, como proyecto entre abuelo y nieto – Amadou dijo con orgullo. – Juntos reproduciremos estas plantas. Con tus conocimientos y los míos podemos hacer feliz a mucha gente. Daremos comida a la gente y le damos trabajo. Con hierbas medicinales podemos curar a personas enfermas. Y en el colegio se reían



de mi, incluso el profesor opinaba que decía cosas sin sentido. –

– No mires a los demás. A menudo pasará mucho tiempo hasta que te entiendan. En el pasado siempre me asustaba el comportamiento de la gente y mantenía en silencio mis pensamientos. No quería que me destruyeran mis sueños por críticas injustificadas. Tú, Amadou, en cambio, tienes el valor y te atreves a decir tranquilamente tu opinión. Sigue repitiendo tus argumentos, algún día te entenderán. Tienes valor, no te molestes por sus insultos, eres demasiado fuerte. Puedes cambiar el mundo un poco dándole ánimo a otros. Por favor, sigue así, injerta las plantas, trabaja con mezclas de fitohormonas y con cultivos de plantas. No te des por vencido, nunca, tampoco cuando yo me vaya. –

– Abuelo, tú vivirás para siempre. Todos los años te prepararé clones de tu mango y si el espíritu va cambiando su planta no tendrás que morir. –

– Pero no estoy seguro si quiero esto. – Mahamadou notó ceñudo. – Vamos a hablar otro día, tengo que concentrarme en mi espíritu. –

## La despedida

**E**l Mango enfermo se deterioraba día a día. Perdía hojas todos los días, al final sólo quedaba una sola hoja. Mahamadou sufría con el árbol y la familia sufría con él. Con impaciencia esperaban a que saliera el sol el día siguiente.

Para la sorpresa de todos Mahamadou estaba de muy buen humor, se reía mucho, gastaba bromas y tocaba su tambor. Cuando Amadou se sentaba con él para preguntarle extrañado por qué estaba tan alegre Mahamadou le dijo. – Hoy es el día más feliz de mi vida. –

– Pero abuelo, tú árbol está muriéndose. La última hoja ya se está marchitando y prontó caerá. –

– Siento que el árbol quiere decirme que todo está bien. – dijo Mahamadou. – Quiero que el último día en la vida de mi árbol sea un día hermoso. –

Justo en el momento de decir estas palabras la última hoja se cayó, llevada por un golpe de viento, y se quedó a un metro del árbol en el suelo. Amadou retenía la respiración, los ojos de Mahamadou brillaban y seguía tocando el tambor.

– He vivido una vida maravillosa con mi mango, debo mi vida al árbol. Siempre creía que que mi vida terminaría cuando el árbol muriera. Nuestras vidas son independientes. A partir de ahora actuaré como si cada día fuera mi último día.

–

– Entonces tendremos que despedirnos todos los días. – observó Amadou.

– La despedida no es lo más importante – respondió Mahamadou. – Es mucho más importante que te enfrentes con el moribundo, ahora y después de la muerte. Me pregunto qué me queda y qué me llevaré de mi mango. Existen varios modos de llevarse algo, lo material incluido. Lo que voy hacer es tallar figuras de animales de la madera. Es mi memoria material del árbol. Lo material es el recuerdo a las horas que he pasado debajo del árbol, son los sentimientos que siempre me daban fuerza para no perder la esperanza en tiempos difíciles. Amadou, ¿que te llevarás de mí cuando yo me muera? –

– No quiero nada. No debes morir nunca. – dijo Amadou muy triste.

– Sí, me moriré un día. Pero no te puedo decir cuándo será. Me gustaría regalarte la madera de mi mango. –

En aquel momento Fatoumata dobló la esquina. Había oído las últimas palabras y confirmó lo dicho. – Claro, nadie te disputará la madera del árbol. Aunque yo preferiría que utilizáramos la madera como leña. –

– Ya ves – el abuelo le dijo a Amadou. Y su voz había perdido algo de la alegría – cada uno valora las cosas a su manera. Para tu abuela este árbol sólo es leña, para mí era la planta de mi vida. Tendrás que decidir y sentir tú mismo qué significado tiene para tí. Pero todavía estoy vivo y tallaré bonitas figuras de la madera del mango, entonces evaluarán por lo menos el trabajo, pero me da lo mismo. Tallaré figuras que repartiré a las personas que encuentro y estaré seguro de que algo del árbol permanecerá en este mundo. Pensando en ello me da mucha alegría. – dijo Mahamadou y abrazó cariñosamente el tronco del mango muerto.

Así se quedaron cerca del árbol hasta el anochecer y la abuela les llamó para comer.

– Déjame. Quiero quedarme un poquito más con mi árbol. – le pidió Mahamadou a Amadou.

– ¿Quieres que te traiga algo de comida o quieres comer algunos de los frutos secos de tu mango? – Amadou le preguntó con cariño como quería ayudarle a su abuelo a superar la situación difícil de la manera más agradable posible.

– Los frutos secos del mango sólo serán para tí. Te darán fuerza. A mí ya no me hacen falta, soy feliz así. Amadou, créeme, hoy es el día más feliz de mi vida, no lo olvides. –

Amadou se alegraba de la manera como su abuelo le miraba. Sus ojos brillaban de un modo caluroso, nunca había visto a su abuelo así. Parecía ser libre de todos los recuerdos difíciles de los que sólo sabía él, su nieto. Era muy feliz que su abuelo fuese tan alegre. Resposaba su cabeza contra el tronco de su árbol.

– ¿Ya venís? – oyeron la voz del padre de la casa. Y poco después la abuela añadió – Hoy he preparado una comida muy especial, os sorprenderá. –

– Véte ya, Amadou. Te seguiré en un momento. Come bien para tener fuerza para hacer tu vida. –

Se puso a tocar suave y silenciosamente el tambor moviéndose en el ritmo de la música.

– Qué sorpresa – pensó Amadou. Había tenido miedo que el día que muriese el árbol sería un día muy triste. Pero era todo el contrario. Había sido el día más bonito de la vida de su abuelo y un día muy especial para él. Pensando esto se fue hacia la casa.

Amadou comió un pedazo de mango seco del mango de Mahamadou. Le gustaba el sabor maravillosamente ácido que era muy diferente al sabor dulce de los otros mangos. Desde fuera sonaba el tambor del abuelo.

– Hoy es tan feliz – Amadou dijo a su padre.

– Me sorprende – su padre dijo. – Tenía mucho miedo a este día. Siempre decía que tendría que morir el día que se muriera su árbol. Y al final también me lo creía, sobre todo ayer que parecía enfermo. A lo mejor es como dice mucha gente: El mango ha muerto, viva el mango. Has producido muchos clones de su mango misterioso y así lo has hecho inmortal. –

– Los clones son iguales, pero sólo genéticamente – Amadou respondió y miraba al suelo. – Lo que el abuelo vivía con su mango y de su espíritu es otra cosa. Mis clones no pueden hacerlo. –

– Ayer realmente no estaba bien – dijo Fatoumata también. – Pero ahora estoy contento que el parloteo acerca del árbol haya terminado. Quiere tallar figuras, bien, aunque nos hace falta leña para la cocina. –

Amadou le dijo rápidamente – Te voy a conseguir madera para la cocina de otros árboles. Por favor no quemes la madera del mango viejo. Tiene mucho valor. –

– ¿Valor para quién? – la abuela preguntó.

– Tiene mucho valor para Mahamadou – explicó su padre. – lo comprendo. Déjale tallar sus figuras. Así estará cerca de su árbol y tendrá algo que hacer. –

– La madera también tiene valor para mí – Amadou afirmó. – Tampoco quiero que se queme la madera. –

Su abuela le acariciaba suavemente su cabeza de cabello corto rizado. – De acuerdo. No tocaré la madera. –

La comida estaba muy sabrosa y juntos lo pasaron bien. Cuando ya estaban terminando la comida ya no podían oír el tambor. Fatoumata le pidió a Amadou que fuera a buscar a su abuelo.

Amadou salió de la casa.

El abuelo estaba sentado debajo de su mango con el pequeño tambor en su regazo. Abrazaba el tronco con su brazo derecho y reposaba su cabeza en el árbol. Tenía sus ojos cerrados, pero su rostro resplandecía como nunca lo había visto antes. Amadou se quedó quieto porque no quería estropear la intimidad del abuelo con su árbol.

– Abuelo, ven. Si no vienes, no quedará nada de comida. Te has quedado dormido. –

Amadou le tocó ligeramente en el hombro. Y como creía que su abuelo le seguiría dentro, se dió la vuelta y se marchó. En la puerta otra vez se dió la vuelta, Mahamadou se había quedado debajo de su mango, en la misma posición que antes.



– Ven, abuelo, ven, por favor. – Amadou ahora casi gritaba.

– Abuelo, ¿qué pasa? Padre, ayúdame, el abuelo no se mueve más.

Su padre y su abuela salieron de la casa corriendo. Nicodeme tocó a su padre y le tomó el pulso. Amadou y su abuela se quedaron de piedra.

– Qué pasa con mi abuelo – Amadou preguntó iquieto. Pero su padre no le dió ninguna respuesta.

Muy excitado Fatoumata preguntó – ¿Vamos a llamar a un médico?–

El padre tampoco respondió a esta pregunta.

– Me voy a buscar un médico – Amadou chilló y estaba a punto de salir corriendo. En este momento su padre se volvió a él y dijo con voz baja. – Está muerto. No podemos hacer nada. – Lágrimas corrían por sus mejillas. Puso su mano en la cabeza de su padre muerto y le acariciaba tiernamente.

Fatoumata dió un grito, no podía calmarse. Nicodeme le cogió en brazos para consolarla. Sólo

Amadou se quedó de piedra. No podía gritar como su abuela, no podía llorar como su padre. Sin control soltó carcajadas por las cuales cambiaba su expresión facial. Su cara resplandecía de alegría cuando dijo. – Ha sido el día más feliz del abuelo. No debemos estar tristes. –

En este momento su padre le miró incomprensivo. Pero antes de que podía reñirle siguió Amadou. – Se ha marchado en el día más feliz de su larga vida. Creo que era su deseo morir así, siempre hablaba de ello. Lo le no habría gustado que lloráramos su muerte. –

## El mango de su vida

**D**espués del entierro de su abuelo Amadou aprovechaba el tiempo para trabajar la madera. Primero cortó algunas ramas y se puso a tallar unas figuras de animales con un cuchillo.

Dejaron el tronco sin tocar. Amadou les había asegurado que iba a cortar la madera poco a poco para trabajarla.

– En el lugar del mango podríamos plantar un mango clonado – propuso su abuela, pero Amadou no quería otro árbol. Quería colocar una mesa y una silla en aquél lugar para hacer los deberes en memoria de su abuelo y para trabajar con el ordenador.

– No entiendo por qué mi abuelo se ha muerto. ¿Por qué entonces he clonado su mango? – Estaba muy triste, su abuelo le hacía mucha falta. Cuando hablaba con su padre con un clon del mango en sus manos, éste le cayó al suelo. – Si este pequeño mango se muere, yo también me moriré. –

Su padre le calmó. – Escucha, Amadou. Esta planta maravillosa es un clon del árbol de Mahamadou y tú has tenido la capacidad para

reproducirla. Pero tu vida no depende de esta planta. –

Amadou no quiso escuchar y se fue dentro de la casa. Escribió un mensaje triste a Laurette en el que describió sus sentimientos y le contó que estaba convencido de que su vida dependería de la planta pequeña de mango. Esperó que por lo menos Laurette le entendería.

– Puede que el árbol sea genéticamente idéntico al mango de tu abuelo – Laurette le escribió más tarde. – Pero no es el mango de tu vida. El espíritu del que tu abuelo hablaba, era su espíritu no el tuyo. Algo de tu abuelo permanecerá dentro de tí, pero muchas cosas que hacía, experimentaba y en las que creía se han muerto irrevocablemente con él. –

Amadou leyó el mensaje de Laurette varias veces. Al principio estaba decepcionado porque había esperado su apoyo. Pero sus palabras le hacían sentir que Laurette le quería ayudar.

Su última frase le gustaba más. – Te deseo mucho éxito en tu vida – Laurette escribió. – Espero que se cumplan tus sueños y que nosotros dos trabajemos juntos con GESINAS. Deberías sentir mucha alegría por ello. –

– Gracias – Amadou escribió mirando la planta pequeña en la maceta. – Gracias por todo. Me has ayudado mucho. Ahora entiendo qué en realidad es importante. Este mango no es el mango de *mi* vida aunque haya aprendido mucho durante mis experimentos y me haya cambiado mucho. Es el mango de mi abuelo, ¡es el mango de *su* vida!